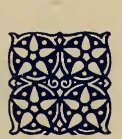
Antonio Paso, Joaquín Abati
y García Escudero

EL RÍO DE ORO

VIAJE EN CINCO ACTOS Y UN PRÓLOGO,
DIVIDIDOS EN NUEVE CUADROS; ARREGLO HECHO
A LA ESCENA ESPAÑOLA DE LA OBRA FRANCESA «LA COURSSE
AUX DOLLARS», CON ILUSTRACIONES MUSICALES
Y BAILABLE DEL MAESTRO **BARBERO**





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1917

EL RIO DE ORO

Antonio Paso, Joaquín Abati
y García Escudero

EL RÍO DE ORO

VIAJE EN CINCO ACTOS Y UN PRÓLOGO,
DIVIDIDOS EN NUEVE CUADROS; ARREGLO HECHO
A LA ESCENA ESPAÑOLA DE LA OBRA FRANCESA «LA COURSSE
AUX DOLLARS», CON ILUSTRACIONES MUSICALES
Y BAILABLE DEL MAESTRO **BARBERO**



MADRID
Imp. de LA NOVELA CORTA, Calvo Asensio, 3
Apartado 498.—Teléfono 5224.
1917

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES

PRÓLOGO: Cuadro 1.° — El Depósito Chamorro.

Elena	Srta. Pacello.
Alicia	» A. de Burgos.
Fred Barclay	Sr. González.
Silas Barclay	» Pereda.
Jorge	» Riquelme.
Max	» Delgado.
Willians	» Gascó.
Un criado	» Insúa.

ACTO 1.°

Cuadro 2.°—La Biblia.

Acacia	Srta. Pérez de Vargas.
Visitación	Sra. Cortés.
Chamorro	Sr. Bonafé.
Cascales	» Zorrilla.
Fred	» González.

Cuadro 3.°—Chamorro no parece.

Acacia	Srta. Pérez de Vargas.
Visitación	Sra. Cortés.
Luz	Sra. Villa.
Chamorro	Sr. Bonafé.
Cascales	» Zorrilla.
Fred	» González.
El Comisario	» Asquerino.
Ruibarbe	» Riquelme.
Un Maitre d' Hotel	» Insúa.
Camarero	» Granja.

ACTO 2.°

Cuadro 4.°—Chamorro sigue sin parecer.

Acacia	Srta. Pérez de Vargas.
Visitación	Sra. Cortés.
Cascales	Sr. Zorrilla.
Chamorro	» Bonafé.
Parker	» Espantaleôn.
Fred	» González.
Jeffries	» del Valle.
El Encargado	» Moreno.

Cuadro 5.º—El Gorila.

Acacia	Srta. Pérez de Vargas.
Visitación	Sra. Cortés.
Chamorro	Sr. Bonafé.
Cascales	» Zorrilla.
Fred	» González.
Jeffries	» del Valle.
Parker	» Espantaleón.
El Gorila	» N. N.

ACTO 3.º

Cuadro 6.º—El Rajah de Samarinda.

Acacia	Srta. Pérez de Vargas.
Visitación	Sra. Cortés.
Chamorro	Sr. Bonafé.
Cascales	» Zorrilla.
Fosforinol	» Riquelme.
Un Sirviente	» Delgado.
El Rajah de Samarinda	» Asquerino.
Parker	» Espantaleón.
Jeffries	» del Valle.

ACTO 4.º

Cuadro 7.º—El Reloj de Oro.

Acacia	Srta. Pérez de Vargas.
Visitación	Sra. Cortés.
Gaby	Srta. Carboné.
Chamorro	Sr. Bonafé.
Cascales	» Zorrilla.
Jeffries	» del Valle.
Parker	» Espantaleón
Dami	» Riquelme.
Un Botones	Srta. A. de Burgos.
Empleado	Sr. Insúa.
Un Policemen	» Asquerino.
Un viajero	» Granja.
Intérprete	» Hermanas.
Fred	» González
Jefe de estación	» Delgado.

Cuadro 8.º—El tren especial.

Acacia	Srta. Pérez de Vargas.
Visitación	Sra. Cortés.
Chamorro	Sr. Bonafé.
Cascales	» Zorrilla.
Camarero	» N. N.
Fred	» González.
Jefe del tren	» Granja.

ACTO 5.°

Cuadro 9.°—Las doce y cinco.

ACACIA	Srta. Pérez de Vargas.
VISITACIÓN	Sra. Cortés.
DAZA	Srta. Pacello.
KETTI	» A. de Burgos.
GABY	» Carboné.
CHAMORRO	Sr. Bonafé.
CASCALES	» Zorrilla.
TEDY	» Moreno.
FRED	» González.
SILA BARCLAY	» Pereda.
ARCHIBALDO	» Insúa.
WILLIAMS	» Gascó.
PARKER	» Espantaleón.
JEFFRIES	» Del Valle.
UN NOTARIO	» Delgado.
UN BOTONES	Srta. Caucín.



PRÓLOGO

La escena representa un elegante jardín a la inglesa, en la finca de recreo propiedad del banquero Barclay, en Long-Island, cerca de Nueva York. Una red de «tennis» atraviesa la escena. En primer término izquierda, suntuosa fachada de un magnífico hotel, con entrada practicable. Algunas mecedoras y asientos rústicos propios de jardín repartidos por la escena. Es de día. Luz espléndida.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, ELENA y ALICIA, muchachas jóvenes, vistiendo los trajes blancos clásicos del «tennis», y JORGE y MAX, con análoga indumentaria, y en mangas de camisa, llevando en la mano las palas que se usan en este juego, se disputan el último tanto de una partida. ALICIA o MAX simulan errar la pelota. Después un CRIADO

Elena.—¡Hurrah!

Max.—¡Vencidos otra vez!

Elena.—Lo siento, querida Alicia, y eso que tu compañero Max ha hecho todo lo posible por ganar la partida.

Jorge.—Podemos darles la revancha.

Max.—Inútil. Nosotros no ganaríamos ni un sólo *set*. Elena Barclay es invencible. ¡Digna hermana de Fred Barclay!

Elena.—¡Por Dios, querido Max! Me parece que exagera usted un poco. Tengo un buen toque de raqueta, y nada más; pero jugar como mi hermano, ni pensarlo. Fred se ha empeñado en que, así como a papá le llaman «El rey de la banca», a él le llamen «El emperador de los sports».

Jorge.—Su reputación en toda América le da derecho a ese título.

Elena.—Pues eso es lo que teme papá, que le proclamen emperador.

Alicia.—¿Y por qué?

Elena.—Porque papá quiere hacer de él un gran financiero, y para estimularle le ha asociado a su casa de banca.

Max.—Fred no está por los números.

ELENA.—Así es. Mi hermano apenas parece por las oficinas de Nueva York, y se pasa la vida en esta residencia de Long-Island, dedicado a lo que él llama «la cultura física».

ALICIA.—¿Y cómo es que hoy no ha sido de la partida?

ESCENA II

DICHOS, FRED BARCLAY por la derecha, elegantemente vestido. Ha entrado un momento antes y ha oído las últimas palabras.

FRED.—Porque he estado inspeccionando los terrenos que hemos adquirido últimamente, cerca de aquí, con objeto de ver si puedo instalar en ellos un *golf*.

ALICIA.—Pero usted es incansable. Todo su tiempo lo dedica al sport. No deja usted nada al flirteo. Yo esperaba que hoy hubiese venido a ser mi compañero en la partida.

FRED.—Lo último lo lamento. Seguramente habríamos triunfado. En cuanto a lo del flirt, me molesta hasta que me hablen de ello. El flirteo es el prólogo del amor; el amor es la melancolía, y un buen sportman debe estar siempre alegre.

ELENA.—No hables así, hermano. Llegará un día en que el niño ciego te clavará una flechita, y entonces verás qué aburridos encuentras todos los sports.

ALICIA.—Todos... menos el del amor.

JORGE.—Que después de todo es un sport. Se gana o se pierde la partida.

FRED.—Si juego esa partida, estoy seguro de que la ganaré también.

ALICIA.—¡Miren el presumido!

CRIADO.—(*Por la dereha.*) El té está servido.

ELENA.—(*A Fred.*) ¿Vienes?

FRED.—Enseguida soy con vosotros.

ALICIA.—Conste que por su culpa he sido derrotada vergonzosamente.

FRED.—Esta tarde nos vengaremos. Ya lo verá usted. (*Hacen todos mutis por la derecha, menos Fred.*)

ESCENA III

FRED. Enseguida SILAS BARCLAY

FRED.—Decididamente, hemos estado acertadísimos al quedarnos con esos terrenos. Ningunos en mejores condiciones para montar el *golf*, que hace tiempo me preocupa. Un *golf* inmenso, con todos los adelantos...

BARCLAY.—(*Entrando en escena por la puerta del hotel.*) Buenos días, Fred.

FRED.—(*Sorprendido.*) Querido papá; ¿cómo aquí? Yo te suponía en Nueva York.

Barclay.—¿En las oficinas de nuestro Banco, verdad? En esas oficinas que apenas visitas tú una vez a la semana...

Fred.—Querido papá; ten en cuenta que mi cultura física me absorbe gran cantidad de tiempo.

Barclay.—(*Irónico.*) ¡Tu cultura física¡... Yo no sé qué placer experimentas en elevar los brazos al cielo treinta veces seguidas, encorvarte otras treinta, y así por el estilo.

Fred.—Un hombre bien constituído debe hacer de sus músculos lo que le dé la gana.

Barclay.—Efectivamente; pero con el dominio de tus músculos no podrías encargarte de la dirección de la Casa de Banca, si las circunstancias te llamaran a ayudarme o a sustituirme.

Fred.—Tranquilízate, papá. Estoy más al corriente de lo que te figuras en los negocios de la casa.

Barclay.—No basta. Para los negocios financieros, hace falta, como para los sports, entrenamiento y un golpe de vista, que sólo se adquiere con la práctica, y que permite lanzarse en asuntos como el que vengo de ultimar.

Fred.—¿Has ultimado un asunto?

Barclay.—Formidable. Acabo de adherirme al trust de la cartulina. Me he suscrito por valor de ochenta millones de dólares, pagaderos el 15 de Julio próximo, y como de aquí a entonces las acciones del trust habrán triplicado su valor, la casa Barclay se encontrará con un beneficio efectivo de unos doscientos millones. ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿No es ésto más práctico que ganar una partida de tennis o estar media hora haciendo flexiones?

Fred.—Pues digo, querido papá, que acabas de cometer una bonita imprudencia.

Barclay.—¿Cómo?

Fred.—Una ligereza imperdonable.

Barclay.—¡Ah! ¿Es que te parece un mal negocio?

Fred.—Me parece excelente. Pero en el caso, siempre probable de que fracasara, la Casa Barclay no podría hacer frente a sus compromisos, porque teniendo que pagar ochenta millones de dólares, no habría en caja, en la fecha del vencimiento, más que unos cincuenta, aproximadamente.

Barclay.—¡Hola, hola! No te creía tan al corriente de la marcha económica de nuestra Casa.

Fred.—(*Con aire de triunfo.*) Pues ya lo ves.

Barclay.—¡Inocente! ¿Y los cuarenta y cuatro millones de dólares, procedentes del depósito Chamorro, dónde los dejas, experto financiero?

Fred.—Es que el dinero en depósito no es dinero nuestro.

Barclay.—Este sí. Los herederos no han dado nunca señales de vida. En diferentes ocasiones, mi padre y yo mismo, hemos hecho pesquisas, que resultaron infructuosas. Todo hace creer que el tal Patricio Chamorro desapareció sin dejar suce-

sores. Ya sabes que cuando se hizo el depósito, la Ley del Estado de Nueva York determinaba que, pasados cien años, prescribía el derecho de los extranjeros; de modo que ese dinero podemos considerarle como nuestro, puesto que el derecho ha prescrito.

FRED.—Aun no. El 18 de Agosto próximo, a las doce de la mañana.

BARCLAY.—¡Ah! ¿También sabes?...

FRED.—¿No me has asociado a la casa? ¿Por qué te extraña que conozca sus asuntos? Estamos a 11 de Abril...

BARCLAY.—Tenemos, pues, ante nosotros, tres meses y veinticuatro días.

FRED.—Si de aquí a entonces, los que tengan derecho al depósito, se presentan a reclamarlo, arriesgamos la quiebra, sencillamente.

BARCLAY.—¡La quiebra!... Permite que me ría de tus temores. Herederos que han guardado silencio cerca de un siglo, van a presentarse ahora.

FRED.—Inverosímil, pero posible.

BARCLAY.—Sea. Admitamos que se presentan. No les bastaría para retirar el dinero acreditar su personalidad. Necesitarían, además, entregar el recibo del depósito, y ese recibo no existe.

FRED.—¿Quién lo asegura?

BARCLAY.—Pero hombre, razona un poco. En la época en que el viejo español Patricio Chamorro hizo su depósito, los buscadores de oro enriquecidos no se encontraban seguros en tierra extraña. Por medida de precaución, en lugar de llevarse el recibo extendido en los impresos corrientes de la casa rogó que se le extendiese en la parte interior de la hoja de entrada que, como sabes, está en blanco, de una Biblia de Jefferson.

FRED.—Edición de 1786.

BARCLAY.—Pues bien; yo he encargado a los principales libreros de Europa, que comercian en libros raros, como Bauer, de Berlín; Stuart, de Londres; Robinet, de París, y Vindel, de Madrid, a pretexto de colección, que comprasen, por mi cuenta, todos los ejemplares de la Biblia de Jefferson que encontraran. He recibido cerca de un centenar; pero desde hace más de un año han cesado en sus envíos, lo cual permite creer que no deben existir más.

FRED.—Un ejemplar ha podido escapar a la pesquisa. ¿Quién sabe si ese es el que nos interesa?

BARCLAY.—Eres demasiado pesimista, querido Fred, y esto me demuestra que nunca llegarás a ser un buen especulador. Te falta el golpe de vista. Los 312.500 dólares de Patricio Chamorro, que fueron la base de la fortuna de la Casa Barclay, en ella quedarán. Estoy seguro.

ESCENA IV

DICHOS, VILLIAMS por la derecha.

WILLIAMS.—(*Entrando.*) Señor Barclay.

BARCLAY.—¿Qué hay, Williams?

WILLIAMS.—Apenas abandonó usted las oficinas, llegó este telegrama. Me he creído en el deber de traerlo yo personalmente, por si de su contenido naciese alguna orden urgente que ejecutar.

BARCLAY.—Es usted el mejor de los secretarios, amigo mío. (*Toma el papel que le entrega Williams, lo lee y, a medida que lo hace, denota en su semblante cierta inquietud.*) Déjenos, Williams, pero no se aleje mucho.

WILLIAMS.—En el despacho esperaré sus órdenes. (*Entra en el hotel.*)

BARCLAY.—Escucha, Fred. Es de Vindel, de Madrid. (*Lee.*) «Un cómico, llamado Cirilo Chamorro, habitante Guindalera, posee Biblia Jefferson, según parece, recuerdo familia. Poseedor ausente, haciendo bolos por Extremadura. Ofrezco mil pesetas a su llegada. Vindel.»

FRED.—¿Qué me dices ahora? ¿Era demasiado pesimista o demasiado previsor?

BARCLAY.—(*Releyendo.*) «... según parece, recuerdo familia.» ¡No cabe duda! Este Chamorro debe de ser el heredero... ¡Es espantoso!

FRED.—¡Espantoso, querido papá!

BARCLAY.—¿Pero si él conoce el valor de la Biblia, cómo no ha tratado de cobrar el depósito?

FRED.—Tal vez la página en que se escribió el recibo haya desaparecido...

BARCLAY.—Sí, es probable... ; pero ahora es cuando participo yo de tu pesimismo. Hay que apoderarse a toda costa y a todo precio de ese libro. Voy a cablegrafiar inmediatamete a Vindel. «Compre usted a cualquier precio.»

FRED.—Espera, papá. En un asunto como éste, nadie debe confiar más que en sí mismo.

BARCLAY.—¿Qué quieres decir?

FRED,—Son las tres y media. El auto me deja en Nueva York a las cuatro. Un vapor de la línea Cunard zarpa esta tarde para Europa. Antes de fin de mes estaré en Madrid.

BARCLAY.—Comprendo. Te extenderé ahora mismo una carta orden para nuestros corresponsales.

FRED.—Con que la mandes por cable, basta. Ahora un abrazo, y hasta la vuelta.

BARCLAY.—(*Abrazándole.*) ¡Hijo de mi vida!

FRED.—Dentro de poco tendrás en tu poder la Biblia de Jefferson.

TELON

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Comedor pobremente amueblado de una casa modestísima en el barrio de la Guindalera. Mesa de comedor en el centro, con una de sus patas algo más corta que las otras, siendo aquélla precisamente de las que dan frente al público. Hule viejo y roto en dicha mesa. Sobre la misma, pendiente del techo, un trozo de flexible con una bombilla eléctrica, Aparador muy viejo, cómoda en mal uso y tres o cuarto sillas de paja repartidas por la escena. En la pared, retratos de artistas recortados de periódicos ilustrados. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, VISITACION, sentada junto a la mesa, cose algunos desgarrones en una trusa de hombre. ACACIA, de rodillas en primer término, y teniendo al lado un cubo lleno de agua, friega el suelo. Al mismo tiempo que una cose y otra friega, simulan estar recordando su parte en los papeles de una obra.

ACACIA.—(*Declamando.*) «Sed discreto.
VISITACIÓN.—»Ya lo soy.
ACACIA.—»Esperadme en vuestra casa,
y ese fuego que os abrasa
apagaré hoy mismo.»
VISITACIÓN.—¿Hoy? Hoy.

ACACIA.—No, mamá; no repitas el hoy, que es mío. Resultaría largo el verso. Fíjate en tu papel.

VISITACIÓN.—¿Sabes lo que te digo? Que estas obras clásicas serán todo lo buenas que quiera tu padre; pero donde estén unos «Militares y paisanos» o donde se ponga un «Señor gobernador», que se quiten las «Niñas bobas» y los «Vergonzosos en la Casa Real».

ACACIA.—En Palacio, mamá.

VISITACIÓN.—¿Qué más da?

ACACIA.—No digas herejías. Comprendo que a ciertos públicos, sobre todo de esos pueblos que recorremos nosotros, no le hacen gran efecto nuestros autores del siglo de oro; pero un cartel con Lope o con Rojas siempre da tono.

VISITACIÓN.—Pero no da dinero. Además, que yo en ese siglo estoy muy mal. A mí dame una patrona de una casa de huéspedes, o una suegra de mal genio, y, sobre todo, que tenga que hablar en castellano, como Dios manda, y no esos camelos que tengo que decir.

ACACIA.—Precisamente, el castellano limpio y puro, es el de esas obras clásicas.

VISITACIÓN.—Sería antes; porque si ahora, cuando voy a la tienda de ultramarinos, y después de pedir los garbanzos le digo al tendero (*enfáticamente*): «agora servíos ponerme real de

vellón de judías sabrosas de yantar»... te digo que me daba con el cortabacalao en las narices.

ACACIA.—Si no fueras mi madre te decía una barbaridad.

VISITACIÓN.—Y yo te daba con el cubo en la cabeza.

ACACIA.—Lo mejor es que cambiemos de conversación.

VISITACIÓN.—Conformes. Mira, dame el libro ese que ponemos para calzar la pata de la mesa, porque se trae un movimiento cada vez que apoyo el brazo, que me pone nerviosa.

ACACIA.—¿Qué libro?

VISITACIÓN.—La Biblia esa del tío Patricio.

ACACIA.—¡Ah! Me parece que la he visto en la despensa... digo, no... calle, creo que está en el cajón del aparador. (*Yendo a buscarla donde dice.*) Sí, aquí está. (*Saca un libro pequeño, y calza con él la pata de la mesa.*) ¿Cómo tardará tanto papá?

VISITACIÓN.—Ya sabes que fué a casa de tu padrino. Otro, que seguramente nos dará el pego como el tío Patricio.

ACACIA.—No lo creo. Ya sabes que el padrino tiene dicho que el día que falte, todo cuanto tiene será para mí. Y tiene un capitalito muy decente.

VISITACIÓN.—Sí, pero no se muere nunca. Ochenta y cinco años, y no le parte un rayo.

ACACIA.—¡Por Dios, mamá!

VISITACIÓN.—¿Qué? ¿Te vas a hacer ahora la remilgada? ¿No sabes que con el pretexto de obsequiarle, siempre que volvemos de algún bolo, le traemos lo peorcito que produce el pueblo, a ver si le hace daño, y como si no?

ACACIA.—¡Cuidado que la cesta de albaricoques que le trajimos de Villanueva de la Serena era como para una epidemia colérica!... Verdes y malos...

VISITACIÓN.—Bueno; pues se los comió todos, y como si hubiera tomado un sopicaldo.

ACACIA.—No; pues lo que es los chorizos que le hemos traído ahora de Almorchón no los digiere.

ESCENA II

DICHOS, CHAMORRO

CHAMORRO.—(*Entrando por el foro.*) Aquí me tenéis ya de vuelta.

ACACIA.—¿Qué? ¿Cómo está el padrino?

CHAMORRO.—(*Con tristeza.*) Está que es una bendición de Dios. Se le sale la salud por la calva.

VISITACIÓN.—¡Qué hombre! Es injerto de loro.

CHAMORRO.—Y que lo digas. A los ochenta y pico, parece que empieza a pollear.

ACACIA.—No habrá probado los chorizos.

Chamorro.—¿Que no? Entre ayer y hoy se ha comido la docena. ¡Vamos, es una cosa que no me explico! ¡Mira que hicimos que los cargaran de especias de esas que siempre hacen daño, especialmente el pimentón!

Visitación.—Como que la mitad era pimentón.

Acacia.—Y la otra mitad una cosa muy parecida al lomo.

Chamorro.—¿Te acuerdas que hicimos un experimento con el perro del conserje del teatro, y con medio chorizo nada más que se comió estuvo el animalito si rabia o no rabia?

Acacia.—No lo recuerdes, papá, ¡qué noche nos dió!

Visitación.—¡Y qué aullidos más tristes lanzaba!

Chamorro.—Como que cada chorizo era un «De profundis». Bueno; pues al padrino le han sabido a pocos; me ha pedido que le encargue más, y allí le tenéis tan fuerte y más colorao que nunca... Bueno; lo de colorado puede que sea por el pimentón; pero hay padrino para rato, que no os quepa duda

Visitación.—¡Bendito Dios, y qué dinero más deseado!

Chamorro.—Lo malo es que va a llegar cuando realmente no nos sirva para nuestra labor artística, porque figuraos si ahora cogiéramos unos miles de pesetas, los negocios que podríamos hacer... ¡Incluso quedarnos con el Español!

Acacia.—Y hasta revocarle la fachada.

Visitación.—Y que eso significaba el porvenir de ésta (*por Acacia*), porque por muy genial que sea, lo que es rodando por esos pueblos se quedará oscurecida.

Chamorro.—Y lo que tienes que pedirle a Dios es que no falten esos pueblos. Ahora mismo, si contase con unas pesetas, no muchas, me quedaba con la feria de Almodóvar, que estoy viendo que se la va a quedar el bestia de Volquete.

Acacia.—¡Y cuidado que Volquete es un cómico malo!

Visitación.—*Sin dientes... Casi sordo...*

Chamorro.—Y que cuando declama parece que está hirviendo un puchero; pero tiene pasta mineral, o quien se la facilite y se lleva la flor de los negocios.

Visitación.—Te advierto que la mitad de las cosas que te ocurren es porque quieres.

Chamorro.—¿Vas a repetirme lo de siempre ¿Lo de nuestro amigo Cascales?

Visitación.—Y tanto que te lo repito. Virtuoso Cascales es un entusiasta tuyo.

Chamorro.—(*Por Acacia.*) Y de ésta, sobre todo.

Visitación.—Bueno, de los dos; mejor dicho, de los tres. Su tienda de antigüedades le produce mucho dinero, y aunque ya sabemos que es algo agarrao...

Chamorro.—¿Algo agarrao? Di que es un *chotis* en la Bombilla

Visitación.—Bueno, eso no quita pa que en un compromiso..., tratándose de un negocio..., y devolviéndolo en seguida..., o es amigo de toda la vida o no lo es.

ACACIA.—Pues a mí me parece que a Cascales no debemos pedirle nada.

CHAMORRO.—¡Claro que no! Cascales, aparte de su amistad, trae otra intención, y como ésta no se muestra propicia...

ACACIA.—Ya les he dicho a ustedes que no me gusta.

ESCENA III

DICHOS. CASCALES, por el foro.

CASCALES.—¿Se puede?

CHAMORRO.—(*Aparte a las mujeres.*) Callar, que está aquí. (*Alto.*) Adelante, amigo Cascales, adelante.

CASCALES.—¿Qué tal, ilustres hijos de Talía? Ya supe que llegasteis anteayer; pero un asunto que traía entre manos, no me ha dejado venir a veros. ¿Y qué? ¿Se ha dado bien la campaña? Muchos aplausos, ¿verdad?

ACACIA.—Lo que es aplausos no han faltado.

CASCALES.—¿Debutaste, al fin, con «El nudo Gordiano»?

CHAMORRO.—Con el «Nudo».

CASCALES.—Harías un alboroto.

CHAMORRO.—Enorme. ¡Había que oír a los inteligentes del pueblo! Esto es hacer un «Nudo—decían—, y no el que nos hizo el año pasado Volquete.»

CASCALES.—Como que yo lo tengo dicho. El día que Chamorro haga algo en Madrid, Chamorro hay para rato. ¿Habrás hecho también «Traidor, inconfeso y mártir»?

CHAMORRO.—Sí, hijo, sí (*Por Acacia*), y ésta se presentó con la «Locura de amor». En siete días, tres *Nudos*, dos *Traidores* y una *Locura*. Pero como si nada.

CASCALES.—¿Qué? ¿No iba la gente?

CHAMORRO.—Te diré, la gente iba. Eso, sí, iba, leía el cartel y se marchaba.

ACACIA.—A mí se me ocurrió reprisar «El tanto por ciento». Ya sabe usted cómo lo hace papá.

CASCALES.—Estás que aterras.

VISITACIÓN.—Y fué un exitazo bestial.

CHAMORRO.—Mira si gustaría, que tuve que hacer quince *Tantos* seguidos. Bueno, pues a pesar de los quince *Tantos*, perdí.

ACACIA.—Está el público muy retraído. No quería más que varietés y «cines».

CHAMORRO.—Y ya puedes darle lo que quieras. Anuncié el «Campo de Armiño», que por cierto tengo ganas de que me veas en el «Campo».

CASCALES.—Estarás muy bien.

CHAMORRO.—En el «Campo» soy otro. Me siento mejor que nunca. Pues la soledad más completa.

ACACIA.—Además, nos ocurrió un incidente bastante desagradable.

CASCALES.—¡ Demonio !

CHAMORRO.—Una alcaldada. Yo había anunciado como despedida «El místico», pero tuve necesidad de cambiar la función, y en su lugar puse «La muerte civil». Bueno, pues el alcalde, a pretexto de que aquello no era formal, se empeñó en meterme en la cárcel sin dejarme levantar el telón.

CASCALES.—¡ Qué bárbaro !

CHAMORRO.—Y es lo que yo le decía. Primero déjeme usted hacer «La muerte» y luego me mete en la cárcel. ¡ Pero que si quieres !

ACACIA.—Gracias a unos abonados que intervinieron, sino le encierran.

CHAMORRO.—Y lo más triste es que hemos regresado como nos fuimos. Sin un céntimo.

CASCALES.—A propósito. Durante tu ausencia te he preparado un negocio que te va a valer, ¡ asómbrate !..., ¡ mil pesetas !

CHAMORRO.—¿ Mil pesetas ? ¿ Cuántas funciones son ?

VISITACIÓN.—¿ En dónde ?

ACACIA.—¿ Qué repertorio piden ?

CASCALES.—Calma, calma. No se trata de un negocio teatral.

CHAMORRO.—¿ En qué otro puedo yo ganarme esa suma tan fabulosa ?

CASCALES.—¿ Tú conservas aún aquella Biblia tan vieja que te servía para calzar la pata de la mesa ?

CHAMORRO.—¿ Que si la conservo ? Como que una vez que se me ocurrió venderla, me ofreció un librero de viejo quince céntimos.

ACACIA.—Hace un momento acabo de ponerla aquí. (*La quita de la mesa.*)

CASCALES.—Pues bien ; hace unos días entró en mi establecimiento de antigüedades ese librero tan popular en Madrid, Vindel, y entre otras cosas me preguntó con mucho interés por Biblias antiguas. Ya sabéis que yo no tomo ese género ; pero me acordé de la que tú tienes, y al indicarle que yo era íntimo de uno que poseía una Biblia de Jefferson, me ofreció inmediatamente comprarla. Yo, acostumbrado a los negocios, empecé con los consabidos obtáculos... : que tú la tenías en mucho aprecio...

CHAMORRO.—Y tanto.

CASCALES.—Que era un recuerdo de familia.

ACACIA.—En eso no ha mentido usted.

CASCALES.—En resumen : que tira de aquí, tira de allí, la ajusté en mil pesetas.

CHAMORRO.—(*Tendiéndole los brazos.*) ¡ Cascales, ven a mis brazos ! Eres un águila para los negocios ; pero no un águila cualquiera, no, un águila caudal..., de lo más caudal que se conoce. Pero..., una duda se me ocurre.

CASCALES.—¿ Cuál ?

CHAMORRO.—¿No valdrá más el libro?

CASCALES.—No lo creas. Esto lo pagan así porque, según me dijo, lo compra para un coleccionista inglés, un chiflado que le da por reunir biblias como pudiera haberle dado por coleccionar sacacorchos.

CHAMORRO.—¿Y cuándo podremos ver esas mil del ala?

ACACIA.—¿Serán más grandes que los de cinco duros?

VISITACIÓN.—Lo menos veinte veces.

CASCALES.—Precisamente yo le dije que hoy mismo podría ultimarse el negocio, y quedó en verme.

CHAMORRO.—Mira tú por dónde me parece que la feria de Almodóvar se la quitamos a Volquete. Trae aquí; la pasaré el pañuelo, porque de andar por los suelos está manchada.

ACACIA.—(*Entregándole el libro.*) ¿Quién iba a decir que el recuerdo del tío Patricio?...

CHAMORRO.—¡Valiente recuerdo! Figúrate, querido Cascales, que allá, por el año de 1817, cierto día se presentó en casa de mis abuelos el tío Patricio, de regreso de las tierras vírgenes americanas, donde había permanecido casi toda su vida. El primer impulso de los abuelos fué recomendarle una casa de pupilos baratita; pero al ver un enorme baúl que traía, pensaron en esas fortunas fabulosas, que los buscadores de oro hacían por aquél entonces en América, y decidieron hospedarle y agasajarle, ante la pesrpectiva de una herencia. Una mañana Patricio Chamorro amaneció en el lecho completamente frío y completamente tieso.

CASCALES.—¿Había muerto?

CHAMORRO.—Completamente. Excuso decirte que la primera oración fúnebre fué abrir el baúl.

CASCALES.—¿Y qué? ¿Qué había dentro?

CHAMORRO.—Tres pares de calcetines de lana, dos sombreros viejos, algunas camisas y la Biblia en cuestión.

CASCALES.—¿Y no encontraron testamento o cosa parecida?

CHAMORRO.—Parecida, sí; estas líneas escritas en la primera página del libro; lee. (*Le da el libro.*)

CASCALES.—(*Leyendo.*) «Lego a mis herederos este libro que me ha confortado en las horas difíciles. A ellos corresponde saber encontrar lo que encierra de valioso.» (*Devolviendo el libro a Chamorro.*) En efecto, como herencia es bastante escuálida.

CHAMORRO.—Vivió los últimos años a costa de sus herederos, para legarles luego esa majadería de pensamiento.

ACACIA.—De todos modos, ahora resulta que ha dejado mil pesetas.

CHAMORRO.—Sí, pero ha sido sin querer. Y ahora que caigo, por ahí debe andar un medallón con el retrato suyo. (*Yendo a la cómoda y buscando en un cajón.*) Justo, aquí está.(*Saca un medallón.*) Fíjate. (*Le muestra a Cascales.*) ¿Tú crees que con

esa cara se puede hacer fortuna? Tiene un perfil de bruto que asusta, ¿verdad?

ACACIA.—Por Dios, papá, que al fin y al cabo era hermano de tu abuelo.

CHAMORRO.—¿Y qué? (*Contemplando nuevamente el medallón.*) Vamos... es que cuanto más me fijo más me convenzo de lo imbécil que debió ser el tal tío Patricio. ¡Cuidado que es feo de una vez! Y si me apuráis mucho, hasta repulsivo.

ACACIA.—Pero papá, que es familia...

CHAMORRO.—¿Familia? ¿Familia un fresco así? Yo no sé para qué se ha guardado esta porquería de retrato... No quiero verle más. (*Le arroja dentro del cubo, y al hacerlo se le escapa también la Biblia, que cae al mismo sitio.*)

VISITACIÓN.—¿Pero hombre, qué has hecho?

CASCALES.—¡Que has tirado la Biblia también!

ACACIA.—¡Ay, mil pesetas de mi alma! (*Se dirige al cubo y saca el libro.*)

CHAMORRO.—Perdonadme, se me escapó sin querer... al tirar el retrato... ¿Se ha mojado mucho?

ACACIA.—Empapado... ya puedes figurarte. (*Seca el libro lo mejor que puede.*)

VISITACIÓN.—A ver si ahora no le quieren.

ACACIA.—¡Ay! ¡Mira, papá!

CHAMORRO.—¿Qué pasa?

ACACIA.—Estas dos páginas que estaban pegadas y se han separado al mojarse.

CHAMORRO.—¿Y qué?

ACACIA.—Que hay algo escrito en una.

CHAMORRO.—Algún otro pensamiento por el estilo.

ACACIA.—No, esto no está en español. (*Leyendo con trabajo.*) «I undersing»... y hay un sello azul muy raro.

CHAMORRO.—(*Mirando.*) Parece inglés.

CASCALES.—Si es inglés, yo puedo leerlo.

CHAMORRO.—Es verdad que tú eres casi un políglota.

CASCALES.—Necesidades de mi profesión.

ACACIA.—Tome usted, a ver qué dice. (*Le da el libro.*)

CASCALES.—(*Leyendo con algún trabajo.*) «Por el presente documento extendido en este libro, a ruego del interesado, declaro haber recibido en depósito de míster Patricio Chamorro, el 18 de Agosto de 1817, la suma de trescientos doce mil quinientos dólares, que serán reembolsados a él o a sus herederos personalmente, a la presentación de este recibo, unido al libro indicado, antes del 18 de Agosto de 1917, a medio día, fecha en que, según la Ley americana, prescribirá este derecho. Nueva York... fecha... y firmado, Josuah Barclay». Y el sello de la Casa de Banca con otro, que debe ser del timbre Neo-Yorquino.

VISITACIÓN.—(*Asombrada.*) ¡Mi madre!

ACACIA.—¡Mi padre!

CHAMORRO.—¡Mi tío! Cascales, ¿has traducido «ad pedem lítere» o estás de chunga?

CASCALES.—Lo que he traducido es el evangelio.

VISITACIÓN.—¿Entonces la herencia?...

ACACIA.—¿La célebre herencia que suponían mis bisabuelos?...

CHAMORRO.—(*Llorando.*) Callar. ., callar... No amargarme con el recuerdo de aquél santo que murió sin que una mano familiar le entornase los ojos. ¡Pobre tío Patricio! Tan bueno, tan trabajador... ¿Dónde está?

ACACIA.—En el cubo, papá.

CHAMORRO.—¡Ah, sí; ahora recuerdo que... (*Va al cubo, saca el medallón, le limpia con el pañuelo y le contempla.*) ¡Qué cara de buenazo! (*A Cascales.*) ¿Cuánto dices que es el total del depósito?

CASCALES.—Trescientos doce mil quinientos dólares. El dólar viene a tener la equivalencia del duro, de manera que ya puedes figurarte...

CHAMORRO.— (*Sollozando.*)No me hables, Cascales, no me hables, que me partes el alma. (*Mostrándole el retrato.*) ¿Verdad que tiene un aire de simpatía y de inteligencia?... Oye, ¿cuánto viene a ser en pesetas, que es en lo que yo estoy más fuerte?

CASCALES.—(*Que ha hecho rápidamente la cuenta en un carnet que sacó del bolsillo.*) Pues un millón quinientas sesenta y dos mil quinientas pesetas.

CHAMORRO.—¿Un millón? (*Al retrato.*) ¡Menudo marco te voy a poner!

ACACIA.—¿Y los intereses? Porque debe haber intereses...

CASCALES.—Tiene razón la chica... Justo... Cien años de intereses, al cinco por ciento lo menos...

CHAMORRO.—Cascales, por Dios, que me está amagando una apoplejía.

VISITACIÓN.—¿Y cuánto hace eso?

CASCALES.—Pues verán ustedes. (*Escribiendo en el carnet.*) El capital se dobla cada catorce años.

CHAMORRO.—Cascales, no hagas dobleces, que me muero.

CASCALES.—De modo que el total de lo que tienes que percibir será de doscientos veinte millones.

VISITACIÓN.—¡Un río de oro!

ACACIA.—¡Un verdadero río de oro!

CHAMORRO.—¿Un río?... ¡Agua..., agua que me ahogo! (*Va a desmayarse.*)

ACACIA.—¡Papá, por Dios!

VISITACIÓN.—¡Cirilo, ten ánimo!

CASCALES.—(*Que ha tomado un botijo que habrá en escena.*) Bebe, hombre, bebe.

CHAMORRO.—¡Yo millonario!... ¿Quién iba a decírmelo?.. (*Bebe a chorro.*) ¡Con los tragos que he pasado!... Por supuesto,

que ahora es cuando me voy a pitorrear de las empresas. ¡Vaya si me pitorreo! (*Bebe otra vez derramando el agua, y deja el botijo.*) Bueno, ¿y quién me va a pagar todo eso?

CASCALES.—Bien claro está. La Casa de Banca Barclay, una de las principales de América. La rival de la Banca Pierpont Morgan.

CHAMORRO.—Habrá que hacer la reclamación a la sucursal, porque yo supongo que tendrá sucursal o representación aquí en Madrid.

CASCALES.—No, no, fíjate bien en lo que dice el recibo: «suma que le será devuelta a él o a sus herederos personalmente.» ¿Eh? «Personalmente, antes del 18 de Agosto de 1917.»

ACACIA.—Entonces no cabe más que un recurso.

VISITACIÓN.—¿Cuál?

ACACIA.—Ponernos en camino inmediatamente para América

CASCALES.—Necesario.

CHAMORRO.—Bueno; pero como no vayamos a pie... ¿De dónde saco yo el dinero para un viaje así?

CASCALES.—(*Aparte.*) Aquí de mi negocio. (*Alto.*) Querido Chamorro, los amigos son para las ocasiones. Yo no soy hombre rico; pero ¡qué demonio!... Me encargo de todos los gastos del viaje.

VISITACIÓN.—(*Con alegría.*) ¿De veras?

CHAMORRO.—Te advierto que lo que sea te lo devolveré con creces.

CASCALES.—No, los intereses que pienso llevaros no son en metálico; son...

CHAMORRO.—Comprendo. (*Aparte a Acacia.*) No te opongas

ACACIA.—(*Aparte a Chamorro.*) Pero si ya sabes...

CHAMORRO.—Resolvamos el viaje, y después ya veremos. (*Alto.*) Pues nada, sé por dónde vienes, y ya sabes que cuentas con nuestro consentimiento.

VISITACIÓN.—Claro.

CASCALES.—Sí, pero ella...

CHAMORRO.—Ella hará lo que le manden sus padres. ¡Pues no faltaba más!

CASCALES.—En ese caso... (*Aparte.*) Me veo millonario. (*Alto.*) Pues si os parece, mañana mismo debemos marchar.

VISITACIÓN.—Cuanto antes mejor.

ACACIA.—Será necesario equiparnos. ¿Cómo vamos a viajar con esta indumentaria?

CHAMORRO.—Natural. Hay que vestirse de millonarios.

CASCALES.—En pocas horas os hacen toda la ropa que queráis.

ACACIA.—Yo necesito poca cosa. Un par de trajes de viaje, tres o cuatro de vestir, algún sombrero, calzado y...

CHAMORRO.—Sí, comprendido... Alguna ropa interior, porque tanto la hija como la madre, y si te he de ser franco, el padre, estamos con quita y pon. Más bien quita que pon.

CASCALES.—Ya les he dicho que yo me encargo de todo.

CHAMORRO.—¡Pues a América!... Pero ahora que caigo.. ¡Maldita sea!

TODOS.—(*Con ansiedad.*) ¿Qué?

CHAMORRO.—Si no he oído mal, me parece que el documento dice que los herederos deben presentarse en el Banco.

CASCALES.—Sí.

CHAMORRO.—Los herederos... Entonces no soy yo sólo. Mi hermano Tomás tiene que acompañarnos.

ACACIA.—Es verdad.

CASCALES.—¿Y dónde vive?

CHAMORRO.—Ultimamente, si no han tronado, estaba de segundo apunte con la compañía de Arenales, en Canarias. ¡Y pensar que ese mala cabeza, ese trapisondista se va a llevar cien millones!

CASCALES.—No hay que pensar en eso. Lo importante es escribirle y que se ponga en camino.

ACACIA.—A saber si tendrá para el viaje.

CHAMORRO.—¿Qué va a tener? ¡Si es un perdido! Tan pronto está de segundo apunte como de limpia botas, de corredor de alhajas... ¿qué se yo?

VISITACIÓN.—Ultimamente nos escribió diciendo que estaba bastante malucho.

CHAMORRO.—Siempre ha sido de una constitución muy enfermiza.

VISITACIÓN.—La verdad es que para vivir así, mejor sería..

ACACIA.—¡Madre, por Dios!...

CASCALES.—Señores, no divaguemos. Acacia lleva razón. Puede que tu hermano no tenga para el viaje, y lo práctico es que marchemos enseguida para Canarias, le recogemos, y todos juntos a Nueva York.

CHAMORRO.—Ni una palabra más. A Canarias.

ESCENA IV

DICHOS. FRED, por el foro.

FRED.—(*Desde la puerta.*) Ustedes perdonen. Me han dicho que aquí encontraría a D. Virtuoso Cascales...

CASCALES.—Servidor de usted.

FRED.—(*Saludando.*) Lo mismo digo. Soy el aficionado, por encargo del cual, el Sr. Vindel, convino con usted la compra de un ejemplar de la Biblia de Jefferson en mil pesetas.

CASCALES.—¡Ah! ¿Es usted?...

FRED.—El Sr. Vindel lo comprueba en esta tarjeta que me ha dado para usted. (*Le entrega una tarjeta.*)

Cascales.—(*Leyéndola.*) Perfectamente. De modo que usted desea?...

Fred.—(*Sacando la cartera.*) Entregarle lo convenido a cambio del ejemplar. Ahí van las mil pesetas. (*Ofreciéndole un billete.*)

Visitación.—(*Con ironía.*) Conque mil pesetas, ¿eh?

Fred.—(*Serio.*) Mil pesetas.

Acacia.—(*Riendo.*) ¡Mil pesetas!

Fred.—Mil pesetas a cambio del libro.

Chamorro.—El papel vale más.

Fred.—(*A Chamorro.*) Usted me perdonará, pero no sé qué intervención puede usted tener en este asunto, ni quién es...

Chamorro.—(*Presentándose.*) Cirilo Chamorro, primer actor y director. Una de las columnas de nuestro teatro antiguo y casi un capitel del moderno. Especialidad en las muertes por envenenamiento, tuberculosis y ataques cerebrales. Ciento cincuenta obras de repertorio.

Fred.—(*Aparte.*) ¡El heredero!

Cascales.—Dueño, además, de la Biblia en cuestión.

Chamorro.—Que viene de padres a hijos. Ese libro y un retrato son los únicos recuerdos que tenemos de la familia, y usted comprenderá que por un egoísmo metálico no vamos a darle a usted recuerdos de la familia.

Fred.—Sin embargo, el trato estaba hecho.

Visitación.—Pues con deshacerlo...

Fred.—Yo tengo el derecho de exigir el cumplimiento.

Acacia.—Y nosotros a negarnos. (*A los demás.*) ¡Qué antipático es este inglés o lo que sea!

Fred.—Veamos. ¿Quiere usted mil quinientas?

Chamorro.—Ya le he dicho que viene de padres a hijos.

Fred.—Dos mil pesetas.

Visitación.—¡Valiente porquería!

Fred.—Para acabar. ¿Quiere usted mil duros?

Chamorro.—No se canse usted, porque es inútil. No la vendo.

Fred.—¿Es su última palabra?

Chamorro.—Irrevocable.

Fred.—Está bien. Yo soy inglés y coleccionista. Se me ha metido en la cabeza tener ese ejemplar y le tendré. Volveré mañana. (*Medio mutis.*)

Cascales.—(*A Chamorro.*) Voy a quitártelo de encima. (*A Fred.*) Eh, amigo. Se puede usted ahorrar un viaje inútil. El señor Chamorro va a dejar la Guindalera con dirección a América, donde le espera la prosperidad. Una herencia fabulosa...

Chamorro.—(*Dándose importancia.*) De cientos de millones.

Cascales.—Y dentro de pocos días estará junto a su hermano, en Canarias.

Fred.—¿De su hermano? ¿De modo que hay otro Chamorro?

Encantado de haberlo sabido. Pues bien, entonces... hasta dentro de unos días que tendré el gusto de verles en Canarias. Servidor de ustedes. (*Vase.*)

TELON

CUADRO SEGUNDO

La escena representa el «Hall» de un gran hotel en Las Palmas (Gran Canaria). Mobiliario adecuado a estos establecimientos. Es de día.

ESCENA PRIMERA

El MAITRE, después LUZ, doncella canaria.

MAITRE.—(*Saliendo.*) ¡ Luz !... ¡ Lucecita !... Estas criadas del país no sirven ; se lo tengo dicho al director : las canarias para los canarios ; pero en un hotel como éste, donde se hospedan gentes de diferentes sitios de Europa, no sirven... (*Vuelve a llamar.*) ¡ Luz !... (*Más fuerte.*) ¡ Luz !...

LUZ.—(*Saliendo y con acento canario, que es muy parecido al andaluz. Lleva en la mano unos papeles.*) ¡ Carrizo, qué voces dasté !

MAITRE.—¡ Carrizo !... ¡ Carrizo !... ¿ Qué hacías ?

LUZ.—Estaba cepillándole la cachimba al señor del 18.

MAITRE.—(*Enfadada.*) ¿ Pero cuándo te vas a acostumbrar a decir : estaba cepillándole el sombrero a quien sea. Así se dice, y no esa jerga que te traes.

LUZ.—¡ Carrizo !, y hablar en cristiano le llama jerga.

MAITRE.—Bueno, basta. ¿ Qué está haciendo tu compañera del entresuelo ?

LUZ.—Fogonea.

MAITRE.—¡ Fogonea !... ¡ Fogonea !... ¿ Pero qué es eso de fogonea ?

LUZ.—(*Enfadada.*) ¡ Polvajera ! Que está arreglando la lumbre para planchar las servilletas que la han mandado.

MAITRE.—Bien. ¿ Quedaron limpias y hechas las camas en las habitaciones que ocupan los huéspedes nuevos ?

LUZ.—Hecho quedó tó.

MAITRE.—(*Fijándose en los papeles que lleva Luz en la mano.*) ¿ Qué llevas ahí ?

LUZ.—Las hojas pa los cablegramas que ha mandao poner ese señor Chamorro.

MAITRE.—Trae. (*Las toma. Leyendo una.*) Matías Cubillo. Carretas, 64, Madrid.

LUZ.—Ese creo que es el padrino de la hija.

Maitre.—«Enviamos cuatro docenas tortas de escabeche tomate y harina de mostaza, producto típico especial del país.—*Chamorro*.»

Luz.—Yo no he visto en mi vida esas tortas por aquí.

Maitre.—Ni yo. Las mandaron hacer ellos a su capricho, y ahora dicen que es un producto especial del país. (*Leyendo otro cablegrama.*) ¡Hombre ésto sí que es curioso! (*Lee.*) José Peláez, Carranza, 80. Ofrece quince mil duros Teatro Real y cinco mil Teatro Cervantes. Si Real se pone moños no insistas porque a mí lo mismo me da real más que real menos. Tómame buen sitio Gran Vía, 20.000 pies, para levantar Teatro Nacional. Lo de los pies hazlo corriendo.

Luz.—¡Qué atrocidad!

Maitre.—¡Qué raro! Parece que tienen dinero, y en cambio en la mesa no resultan personas distinguidas. Devoran de una manera que parece que tienen hambre atrasada. Cuando les acerca el camarero la fuente, después de servirse mojan pan en la salsa; la señora se bebió esta mañana el agua del lavamanos, y si es el marido, se come los langostinos sin pelarlos.

Luz.—Sí que son brutos.

Maitre.—¡Eh, cuidado con la lengua! Tú no puedes comentar. Tú a tu obligación y nada más. Dale al portero esas hojas para que las ponga enseguida, y a ver si te dejas de interjecciones.

Luz.—¿De qué ha dicho el señor?

Maitre.—¡De nada! ¡Vete!

Luz.—¡Madrita, y qué carácter se le ha puesto a usted hoy! (*Váse.*)

Maitre.—¡Estas en sacándolas del *gofio* no sirven para nada. Ahí vienen los Chamorros. Querrán tomar el té que pidieron y tienen aquí servido.

ESCENA II

ACACIA, VISITA, CASCALES, vestidos con afectada elegancia, se sientan ante una mesita, tomando té.

Visitación.—Mucho tarda tu padre.

Acacia.—Estará revolviendo toda la población de las Palmas, hasta dar con el tío.

Cascales.—Como hemos tenido la desgracia, y digo «hemos», porque ya sabéis que este asunto lo considero tan vuestro como mío, de llegar tres días después de haber tronado la compañía de Arenales...

Visitación.—Sí, pero nos dijeron que los artistas estaban todavía aquí.

Acacia.—Es que no era eso sólo lo que tenía que hacer papá Ya sabes que para la temporada próxima quiere quedarse con el

Español, con la Comedia y con el Odeón. La Comedia la toma para tenerla cerrada, y el Odeón para llevar las obras muy aes pacio y no acabarle en muchos años, con lo cual evita que le ha gan tiro al teatro clásico.

CASCALES.—Muy bien pensado. En el Español, las compañías mueren casi siempre por el tiro... de los otros coliseos.

ACACIA.—También ha telegrafiado al padrino preguntándole por su salud.

CASCALES.—En el telegrama que nos dirigió a Cádiz nos hablaba de una afección gástrica...

ACACIA.—Probablemente el queso manchego que le mandó papá antes de emprender el viaje. Como estaba mohoso...

VISITACIÓN.—Mal aspecto tenía.

CASCALES.—No, si cuando Dios dice «allá va» no se queda corto. Veréis cómo acabada de coger una herencia, tenéis que volver rápidamente a coger la otra.

ACACIA.— (*Con desprecio.*) ¡Bah!... Total, unas quinientas mil pesetas, que es lo que vendrá a tener el padrino. ¡Miseria y compañía!

VISITACIÓN.—(*Idem.*) ¡Valiente puñado son tres moscas!

CASCALES.—¡Caramba! Quinientas mil pesetas no son de despreciar, por muy millonario que se sea...

ESCENA III

DICHOS, FRED

FRED.—(*Entrando y saludando con gran cortesía.*) Muy buenas tardes. (*Todos se levantan asombrados.*)

VISITACIÓN.—¡El inglés!

FRED.—El mismo. ¿No recuerdan ustedes que quedamos en vernos aquí, en la Gran Canaria?

ACACIA.—¿Nos ha seguido usted?

FRED.—Nunca. Les he precedido. Ustedes han llegado hoy. Yo desembarqué ayer. (*Pausa.*) ¿Qué, se han decidido por fin a venderme la Biblia de Jefferson?

ACACIA.—(*Altanera.*) ¡Nunca! Es más, esa tenacidad que muestra no sabe usted lo antipático que le hace.

FRED.—(*Recalcando las palabras.*) ¿A los ojos de usted?

VISITACIÓN.—A los de todos.

FRED.—(*Insistiendo con Acacia.*) Pero a los de usted, sobre todo, ¿verdad?

ACACIA.—(*Secamente.*) Sí.

FRED.—Lo siento. Usted no sabe lo que me contraría serle antipático, porque a mí me ha sido usted todo lo contrario. Pero por doloroso que me sea, esto que es hoy una tenacidad, maña-

na se convertirá en persecución; pasado, en espionaje, y ¿quién sabe?... yo no he de ceder hasta que consiga ese libro. Un buen bibliófilo no debe desmayar nunca.

ACACIA.—¡Ah! ¿Pero es que no nos piensa usted dejar en paz?

FRED.—Pienso ser de ustedes lo que es la sombra al cuerpo.

VISITACIÓN.—Pues sí que vamos a tener mala sombra.

ACACIA.—Usted, sin duda, olvida que con nosotros vienen dos hombres.

CASCALES.—Yo formo parte de esos dos hombres, caballero. Y a cualquiera de los dos se nos pueden hinchar las narices...

FRED.—Se les pueden hinchar a los dos. Eso es cosa mía

ACACIA.—¡Y nos amenaza!

VISITACIÓN.—¡Qué escándalo!

ACACIA.—Vámonos, vámonos a nuestros cuartos.

FRED.—No, ustedes no. Quien se va soy yo. Pero volveré A los pies de usted. Beso a usted la mano. (*Váse.*)

ESCENA IV

DICHOS, menos FRED. Poco después, CHAMORRO

CASCALES.—¡Qué hombre más pesado! Si todos los ingleses son lo mismo...

VISITACIÓN.—Casi todos. Y si no que nos lo pregunten a mi marido y a mí. No nos han dejao vivir.

ACACIA.—El caso es que si no fuera por lo antipático que se pone, con que la Biblia ha de ser suya, él por sí... personalmente no lo es... y no tiene mala figura...

CASCALES.—(*Sintiéndose celoso.*) ¡Por Dios, Acacia no diga usted eso! Es una figura corriente... vulgarota... demasiada nariz... debe ser escocés... por la nariz me lo he olido.

CHAMORRO.—(*Entrando.*) (*En una mano trae un magnífico puro, y en la otra, un plátano que se está comiendo.*) ¡Vengo reventado! ¡Qué calles! ¡Y qué temperaturita! Esto en Diciembre será agradabilísimo, pero ahora... Si no fuera por el tabaco y por los plátanos...

ACACIA.—Bueno, a lo práctico. ¿Has dado con el tío?

CHAMORRO.—(*Comiendo.*) He dado...

VISITACIÓN.—Menos mal.

CHAMORRO.—... he dado dos vueltas a la ciudad, y como si no.

VISITACIÓN.—(*Indignada.*) Cirilo, no me juegues con la frase, que tenemos un disgusto.

CHAMORRO.—Pero mujer, si es que el plátano no me ha dejado acabar.

ACACIA.—Bueno, explícate.

CHAMORRO.—Pues muy sencillo. Primero hice que me acom-

pañaran al teatro Pérez Galdós. Allí, el conserje me confirmó las noticias que ya teníamos del cerrojazo. Ese Arenales es un bestia. En su vida ha podido acabar una temporada. Al salir del teatro me encontré con Ruibárbez, que sigue tan sordo como antes, y me confirmó que la compañía se encontraba aquí esperando unas gestiones que se hacen en Santa Cruz de la Palma para que den cinco funciones, y además me dió las señas de la última casa de huéspedes donde vivió mi hermano. A ella me encaminé. Me recibió la patrona, me hizo pasar a una modesta alcoba, en la que, amén del mobiliario, había un loro, que enseguida comprendí que era de mi hermano, porque no hice más que entrar y me dijo el animalito: ¿tienes dos pesetas?

VISITACIÓN.—Claro, esos bichos repiten lo que oyen.

CHAMORRO.—¡Ni veces que lo habrá oído!

ACACIA.—Bueno, papá; suprime detalles y vamos a lo interesante.

CHAMORRO.—Pues nada, que la buena señora me dijo que ayer por la mañana salió mi hermano y hasta el momento de mi visita no había vuelto.

CHAMORRO.—En fin, Ruibárbez, que conoce esto porque ya ha estado aquí otra vez, me ha prometido no descansar hasta encontrarle y traerle al hotel.

ACACIA.—En resumen que... estamos igual que esta mañana

CASCALES.—¡Y con el coleccionista en el hotel!

CHAMORRO.—(*Asombrado.*) ¿Cómo? ¿Ha sido capaz el inglés ese?...

ACACIA.—Sí, papá, está aquí; insiste en que esa Biblia ha de figurar en su colección...

VISITACIÓN.—Y ha llegado hasta amenazarnos.

CHAMORRO.—¿Amenazarnos? ¿Y qué puede hacer?

ACACIA.—¿Quién sabe? Un coleccionista es capaz de todo.

CASCALES.—Pudiera llegar hasta el robo..., quizá al asesinato.

VISITACIÓN.—¡Jesús!

CASCALES.—Ahora que..., esperad, que se me ha ocurrido una idea. En seguida vengo. (*Se dirige a la puerta.*)

CHAMORRO.—Pero, oye...

CASCALES.—(*Haciendo mutis.*) En seguida vuelvo.

ESCENA V

DICHOS, menos CASCALES

CHAMORRO.—¿Adónde irá?

VISITACIÓN.—Puede que se le haya ocurrido algo que nos libre del inglés, porque tú, como no piensas más que en Madrid, y en el Español o en la Comedia...

CHAMORRO.—¿ Pero quién iba a figurarse que ese tío era capaz de seguirnos?

ACACIA.—Y nos seguirá hasta el fin del mundo; estoy convencida.

CHAMORRO.—Es un pelma.

ACACIA.—Es un carácter.

VISITACIÓN.—Y mientras conserve esa flema, menos mal; pero si llega a desesperarse y le da, como supone Cascales, por el robo o el asesinato...

ACACIA.—De eso le creo incapaz. A Cascales no se le ocurren más que tonterías.

CHAMORRO.—No tan tonterías. Acuérdate, hará unos siete años del crimen de la calle de Correos.

VISITACIÓN.—Tiene razón, y precisamente el móvil del crimen...

CHAMORRO.—El móvil fué un sello..., un sello de esos raros. Un coleccionista se empeñó en poseerlo, el propietario se negó a vendérselo...; una noche se presentó en la casa el coleccionista, y... ¡la locura!... Primero le quitó el sello, en seguida le pegó, y cuando el otro iba a repeler la agresión, sacó una browning y le hizo cisco la cavidad craneana.

VISITACIÓN.—¡Qué espanto!

ESCENA VI

DICHOS y FRED

FRED.—(*Que al salir ha oído las últimas palabras.*) Sí, pero a mí no me gusta el cisco.

LOS TRES.—¡El!

FRED.—Yo prefiero otro procedimiento, y es a saber: ¿Quiere usted cincuenta mil duros por la Biblia?

ACACIA.—Señor mío, no sé en qué forma podría convencer a usted de que es inútil todo cuanto haga y cuanto ofrezca.

FRED.—(*Sentándose.*) Bien. Ya lo pensarán ustedes mejor

VISITACIÓN.—¡Qué cabezota!

CHAMORRO.—Como que éste no debe ser inglés. Este es de Aragón.

ESCENA VII

DICHOS, CASCALES, seguido del COMISARIO DE POLICIA

CASCALES.—(*Entrando.*) A propósito. (*Indicando a Fred.*) Este es el sujeto de quien le he hablado a usted.

COMISARIO.—(*A Fred.*) Usted me dispensará, caballero. Soy comisario de Policía.

FRED.—(*Con calma.*) Celebro mucho conocerle.

COMISARIO.—(*Por Cascales.*) El señor, en nombre suyo y en el de la familia Chamorro...

CHAMORRO.—De la que soy director gerente...

COMISARIO.—Me ha presentado una queja que, de comprobarse, pudiera resultar comprometedora para usted.

FRED.—Hola, ¿de qué se quejan estos señores?

COMISARIO.—De una persecución extremada por parte de usted, y últimamente, de amenazas que, según el señor, ponen en peligro la seguridad a que todo ciudadano tiene derecho en virtud de las leyes.

CHAMORRO.—La denuncia es cierta, señor comisario.

VISITACIÓN.—Viene persiguiéndonos nada menos que desde la Guindalera.

COMISARIO.—Basta. ¿Quiere usted hacer el favor de decirme su nombre.

FRED.—(*Titubeando.*) ¿Mi nombre?... Me llamo... Jorge Spitwel.

COMISARIO.—¿De dónde viene?

FRED.—De Londres.

COMISARIO.—¿Tiene la bondad de enseñarme sus documentos?

FRED.—(*Dudando aún más.*) Es que...

COMISARIO.—Me permito recordarle que en todo momento tiene usted la obligación de mostrárselos a la autoridad. De no hacerlo me sería obligado...

FRED.—Pues bien; yo no soy la persona que he dicho. Me llamo Fred Barclay, y he aquí mis documentos. (*Le entrega unos papeles.*)

TODOS.—(*Sorprendidos.*) ¡Barclay!

COMISARIO.—¿Cómo? ¿Es usted hijo tal vez del célebre banquero Silas Barclay, de Nueva York, competidor de Pierpont Morgan?

FRED.—Hijo, sí, señor.

COMISARIO.—En esta plaza es muy conocido el nombre de su padre. (*Devolviéndole los papeles.*) Dispense usted, pero comprenda que mi obligación...

ACACIA.—(*A los otros.*) ¡Es hijo de Barclay!

COMISARIO.—En cuanto a ustedes, supongo que conociendo ya de quién se trata, deben alejar sus pueriles temores.

ACACIA.—(*Recalcando las frases.*) Dice usted bien, señor Comisario; ahora ya sabemos de quién se trata.

COMISARIO.—En ese caso, con el permiso de ustedes, me retiro. Muy buenos días.

ACACIA.—Quede usted con Dios. (*Vase el Comisario.*)

ESCENA VIII

DICHOS, menos el COMISARIO

CHAMORRO.—(*A los suyos.*) Ahora comprendo su interés... ; como que es el hijo del banquero que tiene que pagarnos... ¡Ah!, pero me va a oír. (*Se dirige a Fred con aire provocativo, y de pronto se arrepiente.*) Y sino..., esperad... ; sí..., venid conmigo.

ACACIA.—¿Qué intentas?

CHAMORRO.—No preguntarme nada... Vamos a mi habitación

ACACIA.—Subid vosotros, que yo en seguida iré. (*Vanse todos, menos Acacia y Fred, que seguirá sentado examinando un periódico.*)

ESCENA IX

ACACIA y FRED

(*Hay un momento de pausa. Por fin se decide a hablar Acacia.*)

ACACIA.—¿De modo que usted no es inglés ni bibliófilo?

FRED.—(*Secamente.*) No.

ACACIA.—¿De modo que usted se ha presentado en nuestra casa con una personalidad fingida para impedirnos cobrar nuestra herencia?

FRED.—(*Como antes.*) Sí.

ACACIA.—¿Y le parece a usted esto digno?

FRED.—No.

ACACIA.—¿Y sin embargo persiste usted en su plan?

FRED.—Sí.

ACACIA.—¡Pero esto es horrible!

FRED.—A su papá o su amigo contestaría de otra forma. A usted no puedo, mejor dicho, no quiero. Créame usted, señorita, que si yo hago todo esto que a usted le asombra, es porque sufro las consecuencias de una siuación que no he creado.

ACACIA.—Pero el depósito es cierto, y el dinero debe estar en su casa de banca..., a menos que...

FRED.—No dude usted un momento, el dinero está ; pero ese dinero que nadie ha reclamado, y con el que operamos hace un siglo, lo hemos considerado, sin razón, lo comprendo, como si fuese nuestro. Por otra parte, las circunstancias en estos momentos son tales, que al tener que desembolsar ahora esa suma, la casa Barclay arriesgaría la quiebra.

ACACIA.—¿Y qué culpa tenemos los herederos de las ligerezas que cometan ustedes?

FRED.—Es que nuestra ruina causaría la de otros muchos.

ACACIA.—Lo lamentaríamos, pero sin poderlo remediar.

FRED.—Señorita, usted es más razonable, y tal vez pudiéramos llegar a un acuerdo...

ACACIA.—Olvida usted que los herederos son mi padre y mi tío.

FRED.—A los dos le sería a usted bien fácil sugerirles una transacción: por ejemplo, que acepten a cuenta cinco millones.

ACACIA.—Imposible. Por lo que toca a mi padre, estoy segura de que nada ni nadie le convencerá. Quiere el total.

FRED.—En ese caso, siento mucho decirla que no lo cobrará.

ACACIA.—¿Y por qué no, puesto que los doscientos veinte millones están en la caja de su casa de banca, en Nueva York?

FRED.—Porque ellos están, pero los herederos no estarán.

ACACIA.—¿Qué quiere usted decir?

FRED.—Que para cobrar el depósito, su padre y su tío, tienen que estar en las oficinas Barclay el 18 de Agosto próximo, antes de mediodía, y no llegarán a tiempo.

ACACIA.—¿Quién lo asegura?

FRED.—(*Con calma y energía.*) Yo.

ESCENA X

DICHOS, Un MAITRE D'HOTEL, CAMARERO 1.°, IDEM 2.°; después, CHAMORRO, VISITACION y CASCALES

MAITRE.—(*Entrando muy sofocado y seguido del Camarero primero.*) ¡Pronto!... Avise usted al puesto de incendios, que venga una bomba...

CAMARERO.—(*Haciendo mutis.*) Enseguida.

ACACIA.—¿Qué ocurre?

MAITRE.—Ese señor Chamorro, con la manía de dejarse todos los puros encendidos sobre los veladores, en las sillas..., en todas partes, ha pegado fuego a su habitación.

ACACIA.—¡Dios mío! (*Va a salir precipitadamente.*)

CASCALES.—(*Entrando.*) No, no se apure. Afortunadamente puede decirse que está dominado. Lo doloroso es que el pobre Chamorro...

ACACIA.—(*Aterrada.*) ¿Mi padre? ¿Qué?...

CASCALES.—No, nada..., las manos...; ligeras quemaduras...; se había quedado en mangas de camisa y se había puesto a redactar un cablegrama para Madrid...; dejó el puro en una silla...

MAITRE.—¡Dichoso puro! ¿Y dice usted que está dominado?

CASCALES.—Sí, hombre, sí, no tenga usted miedo.

MAITRE.—Y la bomba que vendrá...; en fin, nunca estará de más. Voy a ver... (*Hace mutis.*)

ACACIA.—Yo también...

CASCALES.—(*Cerrándola el paso.*) Si no es nada...; lo graví-

simo, lo irremediable ha sido lo otro... : lo de la americana.

ACACIA.—¿Lo de la americana?

CASCALES.—Que estaba en el respaldo de la silla, y cuando quisieron acudir, ¡pavesas!

ACACIA.—¿Y qué importancia tiene una americana para que sea irremediable?

CASCALES.—Es que en el bolsillo interior llevaba la Biblia..., ¡y ha ardido también!

ACACIA.—¡Dios mío!

FRED.—¿Cómo?

CASCALES.—Lo que usted oye. Puede subir y comprobarlo.

CHAMORRO.—(*Sale en mangas de camisa con las manos vendadas, lloroso, seguido de Visitación, que lleva en un papel restos de un libro completamente carbonizado y una americana quemada por todas partes.*) ¡Hija, hija de mi vida! (*Se abraza a ella llorando.*)

VISITACIÓN.—¡Hija de mi alma! (*La abraza igualmente.*)

CHAMORRO.—(*Con desaliento.*) ¡Otra vez a los bolos..., a la peregrinación de pueblo en pueblo..., a la miseria!

VISITACIÓN.—¡Qué desgracia tan grande!

ACACIA.—¿Pero se ha quemado por completo?

VISITACIÓN.—¡Mira lo que queda del precioso libro!

CHAMORRO.—Un trozo de lomo. (*Cogiendo el papel y derramando en escena los restos.*) Esto es lo que resta de aquel río de oro que iba a redimirnos.

ACACIA.—(*A Fred.*) ¿Oye usted, caballero?

FRED.—Lo oigo.

ACACIA.—¿Sentirá usted una alegría infinita?

FRED.—Todo lo contrario, señorita. Lo siento por usted.

CHAMORRO.—Y a los demás que nos parta un rayo.

ESCENA XI

DICHOS, RUIBARBEZ. (Tipo de bohemio.)

RUIBÁRBEZ.—(*Entrando.*) Como mejor puede que haya quien cumpla tus encargos, pero más pronto... Ya sé dónde está tu hermano.

CHAMORRO.—¿Y qué me importa a mí saberlo?

RUIBÁRBEZ.—No, no me des las gracias. Ya sabes que esto y todo lo que se te ofrezca. Bueno, pues lo gracioso es que no está en Las Palmas. Se ha embarcado ayer, ¿para dónde dirás?

VISITACIÓN.—Vete a saber.

RUIBÁRBEZ.—No, para Santander, no.

FRED.—Yo se lo diré: para Bandjermasing, en la isla de Borneo.

CHAMORRO.—¡Ah!, ¿usted sabía...?

FRED.—Como que le he embarcado yo. Su hermano estaba casi en la miseria, y me ha sido sumamente fácil que acepte un buen empleo en la Compañía Forestal de Borneo, de la que somos los principales accionistas. Como ayer zarpaba un vapor y ustedes le necesitaban para cobrar el depósito... Lamento lo ocurrido y me vuelvo a Nueva York. Señores... Señorita... (*Saluda y hace mutis.*)

ESCENA XII

DICHOS, menos FRED

RUIBÁRBEZ.—Bueno, pero, ¿qué os pasa?

CHAMORRO.—¡Que te vayas..., que te vayas y me esperes en el café.

RUIBÁRBEZ.—¿Puedo pedírmelo con media?

CHAMORRO.—Y con longaniza; pero vete, que tenemos que hacer. (*Le empuja hacia la salida.*)

RUIBÁRBEZ.—Bueno, adiós. (*Vase.*)

(*Apenas se quedan solos, Chamorro, Visitación y Cascales empiezan a bailar, muy alegres.*)

ACACIA.—Pero, ¿se han vuelto ustedes locos?

CHAMORRO.—Locos del triunfo que acabamos de alcanzar.

CASCALES.—Es la comedia mejor representada que te he visto.

VISITACIÓN.—Y que podía titularse «Manera de quitarse un inglés de encima».

ACACIA.—¡Ah!, ¿de modo que todo ha sido una farsa?

CHAMORRO.—Farsa.

ACACIA.—¿Y el incendio?

CHAMORRO.—El incendio ha sido real. El libro quemado, tu libro de misa, que era del mismo tamaño y parecido color.

CASCALES.—Ese inglés era un peligro.

CHAMORRO.—En cuanto supe que era el hijo de Barclay, comprendí que no había más remedio que apelar a algo decisivo; y ya ves, ya ves si ha dado resultado la comedia. En el primer vapor que zarpe se marchará a Nueva York, y nosotros, completamente tranquilos y libres de su persecución, a recoger a mi hermano a Borneo. Pasado mañana zarpa el vapor.

FRED.—(*Saliendo.*) A las tres en punto de la tarde. A bordo tendré el gusto de saludar a ustedes.

(*Acacia, Chamorro, Visitación y Cascales, caen desmayados sobre las sillas. Fred saluda y hace mutis.*)

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

La escena representa una oficina de consignación de vapores en Bandjermasing (Isla de Borneo). A la derecha, una taquilla con balaustre y ventanilla, dividiendo el escenario perpendicularmente a la batería, en un pequeño espacio. Dentro de la taquilla, una mesa con libros y papeles y un taburete de madera. Un teléfono. Sobre la mesa, o en otro cualquier sitio muy visible para el público, seis u ocho botellas de cerveza y un vaso. Pintados en el telón, varias cajas, fardos, baúles, etc. En el centro de la escena, velador con impresos. Algunas sillas. Dos o tres carteles en los muros con vapores pintados en ellos. Es de día.

ESCENA PRIMERA

El ENCARGADO. Enseguida, PARKER. Después, CHAMORRO, VISITACION, ACACIA y CASCALES

Al levantarse el telón, el ENCARGADO, sentado junto a la ventanilla, simula estar trabajando. A cada momento descansa y bebe un vaso de cerveza. PARKER entra en escena, fumando una pipa. Se sienta junto al velador y se pone a leer los impresos y periódicos que en él hay.

CASCALES.—(*Entrando, seguido de los demás.*) Esta es la casa consignataria. Aquí es donde nos han dicho que nos podían dar los informes que deseamos.

CHAMORRO.—Vamos a preguntar. (*Acercándose a la ventanilla.*) Buenos días.

ENCARGADO.—(*Bruscamente y sin levantar la cabeza.*) Para el que lo sean, que lo que es para mí...

CHAMORRO.—¡Caramba! Yo siento tanto que usted... deseaba hacerle una pregunta.

ENCARGADO.—(*Idem.*) Para preguntitas estoy...

CHAMORRO.—Usted perdone, pero me han dicho que aquí podía adquirir noticias sobre el paradero de un hermano mío, que debió llegar hace tres días a Bandjermasing. Se llama Tomás Chamorro.

ENCARGADO.—¿Chamorro?... Voy a consultar el registro; pero antes es cosa de beber un buche... Estoy seco. (*Bebe.*)

CHAMORRO.—Sí, hombre, sí; dejarle que se abuchee.

ENCARGADO.—(*Después de beber y consultando un libro.*) Chamorro... Chamorro... En efecto, llegó hace tres días procedente de Canarias.

VISITACIÓN.—Justo.

Acacia.—¡Gracias a Dios que le vamos a ver!

Encargado.—Eso de verle... Claro que pueden verle, pero no aquí. El ya no está en Bandjermasing.

Los cuatro.—(*Aterrados.*) ¿Cómo?

Chamorro.—¿Que no está aquí?

Encargado.—Me parece que hablo bien claro. No está aquí.

Acacia.—¿Y usted sabe dónde está?

Encargado.—(*Después de beber, consultando el libro.*) La Compañía Forestal, a la cual venía recomendado, recibió un cablegrama ordenando que se le enviase a Samarinda.

Visitación.—Esto es obra de Barclay, como si lo viera.

Cascales.—¡Hay que ver la sonrisita que traía en el barco!

Chamorro.—Y con qué ironía nos saludaba.

Acacia.—Pero no me negaréis que ha estado correctísimo Lo raro es que desde que divisamos tierra no le hemos vuelto a ver. (*Casi con pena.*) ¿Estará malo?

Visitación.—No caerá esa breva.

Acacia.—Mamá, por Dios...

Chamorro.—¿Y está muy lejos de aquí Samarinda?

Encargado.—No, está en la isla, pero al otro lado.

Chamorro.—Pues sí que es una ganga. Salir del vapor y tener que meterse en el tren.

Encargado.—¿En el tren? ¡Como no esperen ustedes a que hagan la línea!

Acacia.—Pero habrá automóviles o coches.

Encargado.—No me hagan ustedes hablar mucho, que estoy seco. El viaje puede hacerse tomando el vapor costero que da la vuelta a la isla.

Chamorro.—Menos mal. ¿Y ese vapor sale pronto?

Encargado.—Sale todos los meses, y salió anteayer.

Chamorro.—¡Mi madre!... Mejor dicho, ¡mi hermano! ¡La que nos va a buscar!

Acacia.—(*A Chamorro.*) ¿Pero no puede irse a Samarinda por tierra?

Encargado.—¿No se ha de poder? Pero los viajes por tierra son bastante difíciles.

Visitación.—¡Bah! Estamos acostumbrados.

Chamorro.—Peor que el del último bolo, que hicimos de Puebla de Almuradiel a Quintanar, en una carreta de bueyes toda la compañía...

Encargado.—Tienen ustedes que atravesar bosques inmensos

Cascales.—Eso me gusta.

Encargado.—Ahora, que en esos bosques vive el tigre.

Chamorro.—Eso ya no me gusta.

Encargado.—Encontrándose también el elefante y el rinoceronte, en sus dos variedades de unicornios y bicornios.

Chamorro.—Hombre, ¿y tricornios no hay?

Encargado.—Pero con ser esto molesto... Hay otra cosa peor. Los corredores de bosques y los cortadores de cabezas.

Chamorro.—¡Caray! ¿Pues sabe usted que es un caminito para dar un paseo?

Encargado.—Los «Corredores de bosques» se contentan con robar a los viajeros, pero los «Cortadores de cabezas»...

Cascales.—Sí, no se moleste; con ese titulito sobra el argumento y explicación. (*Hace ademán de segarse la cabeza.*)

Chamorro.—Pues mira si tropiezan con la mía, que es cabeza de familia.

Encargado.—Aparte de esto, el viaje no puede ser más pintoresco ni más emocionante. Claro que hay que viajar de noche por causa del calor. Cuarenta y cinco grados.

Chamorro.—(*A los demás.*) ¿Y qué os parece que hagamos?

Acacia.—Sea como sea, ir a Samarinda. Yo no vuelvo a España otra vez a la miseria.

Visitación.—Ni yo. Prefiero que me coma un tigre.

Chamorro.—¿A ti? Muy hambriento tenía que estar.

Cascales.—Además, que ya llevamos hechos gastos considerables, y si no recogéis el depósito, ¿quién me reembolsa a mí?

Chamorro.--Pues nada, a Samarinda, y sea lo que Dios quiera

Encargado.—¿Qué, se deciden ustedes?

Chamorro.—Decididos.

Encargado.—Pues, en primer lugar, provéanse de armas, y eso que va a ser difícil encontrarlas, porque como aquí son tan necesarias...

Cascales.—¿Y qué compramos?

Encargado.—Unos cuantos rifles, pistolas, buenos cuchillos... Después tienen que ajustar un guía, pero bueno, conocedor del terreno. Con un buen guía llegarán ustedes en la mitad del tiempo.

Acacia.—El caso es que nosotros no conocemos a nadie. Si usted fuese tan amable que nos indicase...

Encargado.—Puedo hacerlo. Aquí a la oficina suelen venir muchos. No tardarán.

Acacia.—Pues como nosotros queremos marchar en seguida para no perder tiempo, podemos mientras comprar las armas.

Cascales.—Justo. Y si viene alguno bueno, usted le retiene.

Chamorro.—Y lo que haya que pagar se paga.

Visitación.—Pues a no perder tiempo.

Acacia.—Enseguida estamos de vuelta. (*Vánse los cuatro.*)

ESCENA II

ENCARGADO y PARKER

ENCARGADO.—(*Que ha acompañado hasta la puerta a los otros, dirigiéndose a Parker.*) ¿Desea usted algo?

PARKER.—Espero a un amigo que me ha citado aquí. Tiene no sé qué asunto...

ENCARGADO.—Mejor, así podré beber con tranquilidad. (*Bebe, y al disponerse a seguir trabajando, suena el timbre del teléfono, toma el auricular y simula que oye, diciendo después*): No, señor... La expedición de quesos de Holanda no puede venir aquí, porque tenemos infestado esto de ratones... Ya he mandado traer gatos... ¿Cómo dice? ¿Las hojas de envío de ayer?... En su buró deben estar... Sí, subo enseguida. (*Hace mutis.*)

ESCENA III

PARKER, enseguida FRED

FRED.—(*Entrando.*) Acabo de verlos salir. ¿Ha podido usted averiguar algo?

PARKER.—Todo. Saben que la persona a quien buscan marchó anteayer en el vapor costero a Samarinda, y se disponen a partir en busca suya.

FRED.—¿Partir? ¿Pero cómo? Hasta dentro de veintiocho días no volverá a salir vapor.

PARKER.—Por tierra. Han ido a comprar armas, y después volverán aquí a proveerse de un guía.

FRED.—¿No habrán sospechado de usted?

PARKER.—Apenas se han dado cuenta. Además, yo sé hacer que no se fijen en mí.

FRED.—Gracias, amigo Billington. Estoy satisfecho de usted. Cuando desde Canarias cablegrafié a mi padre pidiéndole un detective privado, inteligente, que me auxiliara en mi empresa, nunca creí que me enviara un policía tan experto como usted, a quien si, personalmente no conocía, conocía su nombre y sus triunfos en Nueva York. Ha sido un gran acierto el de mi padre.

PARKER.—Los triunfos de Nueva York no me envanecen. Ahora, que para trabajar en terreno firme, hay que conocer el asunto a fondo, y usted se ha limitado a encargarme que siga a la familia Chamorro, y le informe de sus propósitos.

FRED.—La necesidad de no perder de vista a esa familia me impidió ser más explícito, cuando al desembarcar me presentó

usted la carta de mi padre, dándose a conocer. Ahora puedo hacerlo. El Sr. Chamorro posee una Biblia de Jefferson, edición de 1786...

PARKER.—¿Que usted desearía tener en su biblioteca? Nada más fácil.

FRED.—No lo crea usted. Nada más difícil.

PARKER.—¿Por qué?

FRED.—El Sr. Chamorro, que conoce el valor de ese libro, no se separa de él jamás. Lo guarda, según creo, en un bolsillo interior de su chaleco.

PARKER.—¡Bah! Ya le dije a usted que eso para mí no tiene importancia. Creí que se trataba de un asunto de más vuelos.

FRED.—Pues yo le repito que no lo creo así. De todos modos, tenga presente que el día que me entregue ese libro recibirá usted, como pago de su servicio, cinco mil dólares.

PARKER.—Puede usted ir preparando el cheque. El señor Chamorro debe volver aquí muy pronto. No es conveniente que nos vea juntos.

FRED.—Conforme. En el Bandger Hotel espero sus noticias.

PARKER.—Allá iré. Adiós, Sr. Barclay.

FRED.—Adiós, señor Billington. (*Vase Fred.*)

ESCENA IV

PARKER, el ENCARGADO. En seguida, JEFFRIES

ENCARGADO.—(*Entrando.*) ¿Pero dónde estarán esas hojas de expedición? (*Va a la taquilla y sigue buscando.*)

JEFFRIES.—(*Entra, y sin reparar en Parker, que sigue sentado junto al velador hojeando guías y periódicos, se acerca a la taquilla.*) Buenos días.

ENCARGADO.—(*Sin dejar de buscar.*) Para el que los tenga.

JEFFRIES.—¿Qué? ¿No hay ningún encargo? ¿Algún turista que necesite mis servicios?

ENCARGADO.—(*Siempre buscando.*) Una familia española me ha pedido un guía para Samarinda; y aunque tú conoces el terreno, no me atrevo a recomendarte.

JEFFRIES.—¿Por qué?

ENCARGADO.—(*Bebiendo de nuevo.*) Bebes mucho; y eso, que en cualquier persona es inaguantable, en un guía es además peligroso.

JEFFRIES.—Hace un mes que no lo pruebo, porque nadie me fía.

ENCARGADO.—Además, tú siempre te has portado muy mal conmigo; en los varios negocios que te he proporcionado, no has tenido la menor atención... (*Buscando.*) ¿Pero dónde demonios estarán esas hojas?

JEFFRIES.—(*Resignado.*) Está bien. (*Se vuelve y se fija en Parker.*) ¡Parker! (*Parker, con gran serenidad, sigue hojeando los papeles sin mirar a Jeffries y como si éste no se dirigiese a él.*)

JEFFRIES.—(*Acercándose más y tocándole en el hombro.*) Parker...

PARKER.—(*Fingiendo sorpresa.*) ¿Habla usted conmigo?...

JEFFRIES.—¿Usted? ¿Pero no me reconoces? Soy Jeffries, tu antiguo compañero de fechorías en Nueva York.

PARKER.—Usted debe estar borracho o equivocado. Yo, ni me llamo Parker ni nunca le he conocido.

JEFFRIES.—¿Cómo que no?

PARKER.—Yo soy Thedy Billington, el detective privado.

JEFFRIES.—(*Sorprendido.*) ¿Que tú?..., digo, ¿que usted es el detective Billington?

ENCARGADO.—(*Dando un puñetazo en la mesa.*) ¿Pero cómo estaría yo para meterlas aquí? Y es la sed..., la sed que no me deja dar pie con bola. (*Bebe y hace mutis con las hojas para volver cuando indica el diálogo.*)

JEFFRIES.—Vamos..., es que me piden juramento...

PARKER.—Y juras en falso. Y para que te convenzas, ahí va. (*Le da un formidable puntapié.*)

JEFFRIES.—¡Ahora, sí!

PARKER.—Menos mal.

JEFFRIES.—Ahora sí estoy seguro de que eres Parker.

PARKER.—(*Sonriendo y mirando a todos lados para convencerse de que no le oyen.*) ¡Pobre Jeffries, tú siempre serás un idiota!

JEFFRIES.—Pues cuando me tenías en tu banda no opinabas así. Pero, dime: ¿es cierto que eres policía?

PARKER.—(*Dándose importancia.*) Sí.

JEFFRIES.—¿Y a qué se debe esa conversión?

PARKER.—A un accidente ferroviario. Después de un negocio desgraciado tomé el partido de desaparecer algunos meses. Estaba lo que se dice acorralado por la Policía de Nueva York. Dejé el mando de la banda a Dawis y tomé el Central Pacífico para ir a trabajar a San Francisco, cuando, en el tren, adivina quién se sentó frente a mí. ¡Billington, el detective privado!

JEFFRIES.—¿Y no te conoció?

PARKER.—A parte de que, como comprenderás, yo no llevaba mío ni los pelos de la cabeza, Billington no ha tenido el gusto de verme más que en alguno que otro retrato, de esos que dejan mucho que desear.

JEFFRIES.—¿Y qué tiene que ver eso con tu conversión?

PARKER.—Juzga tú mismo. En el tren sorprendí una conversación de Billington con el jefe. Supe que el detective venía aquí a trabajar por cuenta del célebre banquero Silas Barclay, de la quinta Avenida. Una tarde contemplábamos Billington y yo la puesta del sol en la plataforma del último car. El tren atravesa-

ba un precipicio... De pronto, Billington que pierde el equilibrio y cae al abismo...

JEFFRIES.—Comprendido..., le empujaste.

PARKER.—¿Yo empujarle?... ¡Nunca!... Puede que sin querer..., al hacer un movimiento le diese con el codo..., pero sin la menor idea...

JEFFRIES.—¿Entonces harías funcionar el timbre de alarma?...

—Eso significaba una molestia para los viajeros y un retraso en la marcha del tren. No. Hice otra cosa mejor. Le dejé en el fondo del precipicio, donde todo auxilio hubiera sido inútil, y me apoderé de su maleta, donde, entre otros documentos, encontré una carta de Silas Barclay para su hijo Fred. Como el pobre Billington ya no puede cumplir la misión a él confiada, he decidido hacerle el favor de reemplazarle.

JEFFRIES.—¿Y no podría yo ayudarte como en otros tiempos? Me sacarías de una situación desesperada.

PARKER.—Sí. Se te presenta la ocasión de ganarte un puñado de dólares.

JEFFRIES.—¿Como cuántos?

PARKER.—¿Bastan doscientos?

JEFFRIES.—¿Qué tengo que hacer?

PARKER.—Ahora procura por todos los medios que esa familia española que marcha por tierra a Samarinda te tome de guía. Lo demás ya te lo iré indicando.

JEFFRIES.—Convenido. ¿Dónde te veo?

PARKER.—No te preocupes. Yo te buscaré. Adiós, y no olvides que soy el detective Thedy Billington.

JEFFRIES.—(*Burlón.*) ¡Dios le haya acogido en su seno! (*Váse Parker.*)

ESCENA V

JEFFRIES. El ENCARGADO

ENCARGADO.—(*Entrando y yendo de nuevo a trabajar en su mesa.*) ¿Todavía estás aquí?

JEFFRIES.—Estaba esperando a que cambiase usted de opinión y me recomendara a esa familia española.

ENCARGADO.—Ya te he dicho que no.

JEFFRIES.—Es que... Yo estoy dispuesto a que usted se cobre por adelantado la tercera parte de mi ajuste.

ENCARGADO.—(*Saliendo de la taquilla como una tromba.*) ¿Cómo? ¿Has dicho la tercera parte?...

JEFFRIES.—La tercera parte.

ENCARGADO.—Y tendrás que hacer el ajuste algo caro... De aquí a Samarinda hay una tirada. Se atraviesan sitios peligrosos... Y luego el calor... ¿Ves tú?... Ahora me explico que un

guía beba... Tiene que entonarse... Hay que beber... (*Bebe un trago.*)

JEFFRIES.—Sí, pero yo no bebo.

ENCARGADO.—(*Sin hacer caso de la indirecta.*) Pues nada desde luego, hecho.

ESCENA VI

DICHOS. ACACIA, con un rifle cruzado en bandolera. VISITA, con una espingarda en igual forma. CASCALES, con una escopeta de dos cañones y en la cintura dos pistolas grandes; y CHAMORRO, con un sable. A su debido tiempo enseñará las demás armas que indica el diálogo.

CHAMORRO.—Ya estamos aquí.

ACACIA.—¿Nos ha encontrado usted el guía?

ENCARGADO.—Precisamente estaba convenciendo a éste para que acepte.

CASCALES.—¿Convencerle?

ACACIA.—No parece sino que no se le va a pagar.

ENCARGADO.—¡Ah! Pero es que éste está solicitadísimo. Es el mejor de todos. Y resulta un poco caro... ¡Claro! Él sabe que vale y se hace pagar.

JEFFRIES.—(*Aparte.*) Cómo se conoce que lleva la tercera.

CASCALES.—(*A Jeffries.*) En resumen, ¿qué es lo que pide usted?

JEFFRIES.—(*Indicando al encargado.*) Ahí, el señor se lo dirá que tiene mi tarifa.

ENCARGADO.—¿Ustedes quieren llegar pronto, y tropezar con los menos animales posible?

CHAMORRO.—Nos hemos prevenido, como usted ve. Fíjese.

ENCARGADO.—El sable, no sabiéndolo manejar bien, es inútil

CHAMORRO.—¿No sabiéndolo manejar? El sable lo manejo yo como nadie. Treinta años de práctica. A quien yo no le dé un sablazo no se lo da ningún nacido. Pero es que aparte del sable, llevo en cada bolsillo de la americana un Smith, fíjese: (*Enseña dos revólvers.*) Y aquí, en la parte trasera del pantalón, dos cuchillos. (*Se abre la americana, y deja ver en la cintura los mangos de dos cuchillos.*)

ACACIA.—Bueno, papá, al grano, que aún nos queda que buscar los caballos y preparar los víveres. ¿Qué va a costar el guía?

ENCARGADO.—Por tratarse de ustedes, la ida sola, dos mil francos.

JEFFRIES.—(*Sin poderse contener.*) ¡Qué ladrón!

TODOS.—¿Cómo?

JEFFRIES.—(*Rectificando.*) Digo que ¿qué ladrón se nos va a poner delante, con todas esas armas y mi auxilio?

CHAMORRO.—Estoy por ajustar ida y vuelta, que será más barato.

ACACIA.—No perdamos tiempo. ¿Hay que dar algún anticipo o señal?

ENCARGADO.—La costumbre es la mitad. (*Aparte.*) Porque que de esa mitad me cobro yo mi tercera.

CASCALES.—(*Sacando un billete de mil francos y dándoselo a Jeffries.*) Ahí van mil francos. Firmará usted un compromiso...

JEFFRIES.—Enseguida. (*Mirando al encargado y haciéndole señas, como indicando que no sabe cómo darle su parte sin que se enteren los otros.*) Mil francos... y la tercera parte de los 2.000 son 666...

CHAMORRO.—¿Cómo 666?... Son mil.

ENCARGADO.—El guía quiere decir que son 666 kilómetros aproximadamente los que tendrá que salvar entre la ida y la vuelta.

JEFFRIES.—(*Comprendiendo la idea.*) Pero que no doy... digo, que no ando ni un kilómetro más. Además, la expedición saldrá mañana.

CHAMORRO.—Usted nos lleva hasta Samarinda, y no se ocupe de otra cosa.

VISITACIÓN.—Sorteando todos los peligros, ¿eh?

ACACIA.—Déjate de peligros. La cuestión es llegar pronto

CASCALES.—Acacia tiene razón. ¿Y si no para qué nos hemos provisto de armas?

CHAMORRO.—Por mi parte les aseguro a ustedes que ya pueden salir tigres, chacales y elefantes. Lo que es yo no he de correr.

CASCALES.—Pues por la mía, aunque resurja de nuevo el terrible megaterio, le esperaré a pie firme.

VISITACIÓN.—Pues yo no voy a ser menos.

JEFFRIES.—Entonces, ¿quién dijo miedo?

ACACIA.—(*Dando un grito terrible y corriendo a refugiarse en un rincón.*) ¡Ah!...

TODOS.—¿Qué pasa?

ACACIA.—¡Un ratón!... ¡Ahí viene!...

(*Gran confusión. Todos corren y gritan despavoridos y acaban por salir huyendo por el foro, quedando en escena Jeffries y el encargado.*)

JEFFRIES.—(*Yendo también hacia el foro.*) ¡Eh!..., que necesito que quedemos hora y sitio. Ya saben ustedes que la expedición sale mañana.

ENCARGADO.—(*Yendo tras él.*) ¡Eh, tú!... Mis 666...

JEFFRIES.—(*Desde dentro.*) Mañana sale.

TELON

CUADRO CUARTO

Un claro en una selva tropical. Grandes árboles, lianas que se entrecruzan por la espesura, y algunas peñas. Al empezar la acción está cayendo la tarde. La luz disminuye gradualmente durante el cuadro, hasta hacerse de noche, cuando el diálogo lo indique, en cuyo momento se producirá un efecto de luna a través del ramaje. Una hoguera encendida en el sitio que menos estorbe a la acción.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, aparecen: JEFFRIES, tumbado en el suelo durmiendo sobre una manta. VISITACION, ACACIA y CASCALES, en otro grupo, durmiendo también en el suelo, CHAMORRO se pasea por la escena con el sable desenvainado. Los cuatro que duermen roncan estrepitosamente en diferentes tonos, mientras CHAMORRO monta la guardia.

CHAMORRO.—(*Paseando y mirando a los durmientes.*) Por lo visto hoy celebra sesión la Filarmónica. (*Roncan más fuerte.*) Bueno, esto lo instrumenta el maestro Luna, y me río yo de los «Molinos de viento»... ; y qué variedad de notas... ; hay una muy aguda..., otra más bronca... ; ¿a ver?... ; sí, la de la bronca es mi mujer. (*Se sienta en una peña.*) Pues, señor, esta es la centinela más tranquila de todas las que me han tocado en suerte durante los días que llevamos de viaje. Van a cumplirse las dos horas desde que relevé a Cascales y no he sentido el menor ruido que delate la llegada, bien de un bimano, bien de un cuadrumano. (*Enciende un cigarro.*) ¡Lo que es este hermanito mío nos está dando que hacer un rato largo; porque hay que ver el viajecito que llevamos! ¡Y qué de animales raros nos hemos tropezado. El otro día, vampiros, que le chupan a uno la sangre mientras está durmiendo; ayer unas sanguijuelas de bosque enormes que se dejan caer de las ramas y se dedican a lo mismo que los vampiros... Vamos, que aquí todos son a chupar..., como en España. ¿Pues y unos voladores que hay parecidos a los caballitos del diablo, que empiezan a dar vueltas alrededor de uno, y, ¡claro!, uno al ver dar vueltas a los caballitos lo toma a juego!; pero, sí, sí...: de cuando en cuando, ¡zas!, se lanzan sobre la cabeza y de un picotazo se llevan un mechón de pelo. A mí, la otra tarde, por poco me pelan los caballitos... como en España. En fin, está anocheciendo, y creo que ya es hora de que reanudemos la marcha sin miedo al calor. (*Llamando a los que duermen.*) ¡Eh!.. Visita..., Cascales..., Acacia... ¡Qué barbaridad, qué sueño han cogido!

ACACIA.—(*Soñando.*) ...en poder mío,
resistirte no está ya;
yo voy a ti como va
sorbido al mar ese río.»

CHAMORRO.—¡Atiza!, ¿pues no está soñando que hace el «Tenorio»... ¡Vamos, chica! (*La mueve.*)

ACACIA.—¿Eh, quién es?

CHAMORRO.—Tu padre. El Comendador.

ACACIA.—(*Sentándose.*) ¡Ay, papá, qué sueño más agradable! Soñaba que estábamos haciendo el «Tenorio», nada menos que en el Español, y el público me coreaba las frases con murmullos de aprobación. Precisamente cuando me zarandeabas estaba en aquello de

«tus palabras me enloquecen
y tu aliento.»

(*Cascales ronca muy fuerte.*)

¡Este Cascales debe ser corto de respiración! Algo tiene en la nariz; no cabe duda...

CHAMORRO.—(*Llamando.*) Cascales..., Visita...

VISITACIÓN.—(*Soñando.*) «Seguid, seguid la lectura.»

CHAMORRO.—¿Pero es que os habéis puesto de acuerdo para soñar en ensayo general? ¡Ea!... (*Dando un azote muy fuerte a Visita.*) ¡Arriba el telón!

VISITACIÓN.—(*Sentándose de un golpe e indignada.*) ¡Ay!..., Chamorro, ya sabes que no te tolero que me vuelvas a la realidad de ese modo tan descarnado!

CHAMORRO.—No tan descarnado...

VISITACIÓN.—¡Vaya un susto!...

CHAMORRO.—Que tú eres muy neurótica...

CASCALES.—(*Despertando e incorporándose.*) ¿Qué pasa?

ACACIA.—Nada, que estábamos comentando que usted debe tener algo en la nariz.

CASCALES.—¡Claro!, los lentes. (*Se los quita.*) Me quedé dormido con ellos...

CHAMORRO.—No, ésta se refiere a que debes ser corto de resuello, porque, chico, es que exhalas un ronquido que pareces un gramófono estropeado.

ACACIA.—Bueno, ¿y qué?... ¿No has notado nada alarmante?

CHAMORRO.—Nada. Es decir...: a poco de relevar a éste me pareció ver por aquel lado un mono enormemente grande y enormemente feo; pero debió ser una alucinación de mi vista...; sin duda era mi sombra que se proyectaría en los peñascos...

VISITACIÓN.—Sí, porque un mono tan grande...

CHAMORRO.—Eso no, que los hay por aquí que parecen luchadores grecorromanos.

CASCALES.—Bueno, y a todo esto me parece que ya es hora de que despertemos al guía.

ACACIA.—¡Qué hombre! No hace más que beber whisky y dormir.

CHAMORRO.—(*Sacudiendo a Jeffries.*) ¡Eh, amigo!..., ¡arriba!

JEFFRIES.—(*Sin levantarse.*) ¿Qué pasa?

ACACIA.—Que debemos reanudar la marcha.

JEFFRIES.—(*Medio dormido.*) Aun es temprano.

ACACIA.—¿Qué ha de ser temprano? ¿No ve usted que está ya oscuro?

VISITACIÓN.—Claro.

ACACIA.—Lo que tardemos en preparar los caballos y el equipaje es lo que tardará en cerrar la noche.

JÉFFRIES.—(*Dando media vuelta.*) Bueno, traigan ustedes los caballos. Ahí al otro lado del arroyo los dejé trabados. Yo voy a dar la última cabezada... Unos cuantos minutos... Es mi costumbre. (*Finge quedarse de nuevo dormido.*)

CHAMORRO.—Este tío es una marmota.

VISITACIÓN.—¿Y qué hacemos?

ACACIA.—Pues ir por los caballos, y después despertarle a puntapiés.

CASCALES.—Andando.

CHAMORRO.—Sí, vamos. (*Hacen mutis todos por la izquierda.*)

ESCENA II

JEFFRIES. En seguida, PARKER por la derecha.

Apenas se han marchado los personajes indicados, se oye, algo lejano, un silbido no muy fuerte. JEFFRIES se levanta, se sube en una roca, saca un pañuelo y con él hace señas, agitándolo varias veces. En seguida vuelve a bajar a la escena.

PARKER.—(*Apareciendo por la derecha, armado de un rifle y en traje de marcha.*) ¡Gracias a Dios! Tu maldita afición al whisky nos va a estropear este negocio... Te dije que hicieras señales en los árboles para indicarme el camino que llevas, y por lo visto se te ha olvidado. Desde ayer me tienes loco corriendo el bosque...

JEFFRIES.—Es que no he tenido ocasión para ello. No me quitan la vista de encima...

PARKER.—¿Dónde están?

JEFFRIES.—Han ido por los caballos; pero tienes tiempo de decirme lo que quieras, porque en previsión de que aparecieses les quité las trabas, y aunque son dóciles, no les será fácil cogerlos en seguida. ¿Y el hijo del banquero?

PARKER.—(*Brusco.*) No se trata ahora del hijo del banquero. A lo importante. ¿Diste con la Biblia?

JEFFRIES.—No.

PARKER.—¿Has registrado bien los equipajes?

JEFFRIES.—Lo que se dice minuciosamente.

PARKER.—¿Entonces es que la llevan encima?

JEFFRIES.—Tampoco. Registrarles los bolsillos me ha sido imposible; pero con diferentes pretextos he logrado palparlos, y puedo asegurarte que el libro tampoco está en ellos.

PARKER.—No puede ser.

JEFFRIES.—Tengo la evidencia absoluta.

PARKER.—Pues hay que aguzar el ingenio para descubrirle,

porque a cada instante aumenta el interés de Fred Barclay por el dichoso libro.

JEFFRIES.—(*Sonriendo maliciosamente.*) Y se comprende. Como que ese libro vale para la banca Barclay doscientos veinte millones de dólares.

PARKER.—(*Asombrado.*) ¿Qué estás diciendo? ¿Doscientos veinte millones?

JEFFRIES.—No te hagas de nuevas. Estoy en el secreto. Como me creían dormido, han hablado repetidas veces en completa libertad. Sé que en la primera página de la Biblia va el recibo de un depósito que el abuelo de los Chamorro hizo en la casa Barclay. Sé que buscan a un hermano, porque es condición precisa que han de presentarse todos los herederos a cobrar. Sé que el plazo para retirar el depósito expira en 18 de Agosto. Por eso tienen tanta prisa en llegar a Samarinda.

PARKER.—(*Muy sorprendido.*) ¡Hola, hola!..., pues esto cambia el asunto completamente...

JEFFRIES.—Conque figúrate si hay motivo para que paguen bien el tal librito. Ahora, que a mi juicio, más quitar de en medio esa Biblia, lo que procedía era quitar de en medio a los herederos.

PARKER.—Te equivocas. A quien hay que quitar de en medio es a Fred Barclay.

JEFFRIES.—¿Al hijo del banquero? ¿Y qué se conseguía con eso?

PARKER.—Sigues siendo tan imbécil como cuando pertenecías a mi banda.

JEFFRIES.—Te juro que no comprendo...

PARKER.—Ni hace falta. Conténtate con saber que si me obedeces ciegamente, dentro de poco vivirás de tus rentas.

JEFFRIES.—¿De mis rentas?...

PARKER.—Basta. Ya no hay motivo para que retrases la marcha de la expedición. Llévalos por el camino más corto a Samarinda. Si antes no puedo verte, allí sabrás mi plan. Creo que se acercan. Adiós. (*Vase furtivamente por la derecha.*)

ESCENA III

JEFFRIES. Después, ACACIA

Se ha hecho completamente de noche. Un rayo de luna alumbra el fondo de la escena. La hoguera, con su luz rojiza, ilumina el proscenio.

JEFFRIES.—¿Que viviré de mis rentas?... ¿Y que se debe suprimir a Fred?... Bien reflexionado, puede que sea lo mejor, porque de ese modo..., si logramos descubrir el paradero del libro... ¿Pero dónde demonios le habrán ocultado?...

ACACIA.—(*Saliendo.*) Vamos, menos mal que está usted despierto.

JEFFRIES.—Ya les dije que eran unos minutos. La última cabezada. Es mi costumbre.

ACACIA.—¿Y por lo visto también es su costumbre dejar los caballos en plena libertad para que corramos tras ellos inútilmente?

JEFFRIES.—¿Cómo?... Yo juraría que los dejé trabados...

ACACIA.—Usted se acerca demasiado a la caja de las bebidas, y un día nos va a proporcionar algún disgusto.

JEFFRIES.—¡Pero si apenas lo pruebo!...

ACACIA.—Vaya usted; corra a ver si puede cazar a esos malditos caballos. ¡Buen tiempo estamos perdiendo!

JEFFRIES.—No se preocupe. Verá usted qué pronto están preparados para seguir la marcha. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV

ACACIA, EL GORILA. Después, CHAMORRO, VISITACION, CASCALES y FRED

ACACIA.—(*Sentándose en una roca en primer término.*) ¡Otra jornada!..., ¡otras penalidades..., y todo por culpa de Fred Barclay, que pretende despojarnos de lo que legítimamente nos pertenece! Si hubiéramos logrado despistarle definitivamente... ¡Qué hombre tan original!... Sin cejar en su empeño, no perdía ocasión de afirmar que le contrariaba proceder con nosotros así...; sobre todo, conmigo... Bien claro me lo dijo en Canarias... (*Pausa.*) Quizá le habré sido simpática... Y si he de ser sincera, a mí él..., a mí él...

(*Durante este monólogo aparece por el foro izquierda un enorme gorila, que, deslizándose cautelosamente entre el ramaje del rompimiento, llega hasta* ACACIA, *y al decir ésta la úlima palabra, la coge en brazos, huyendo con ella por entre los árboles de la izquierda, cruzando después el foro y desapareciendo por la derecha.*)

ACACIA.—(*Al sentirse cogida, vuelve la cara y da un grito.*) ¡Ay! ¡Socorro, socorro!... (*Dentro se oyen las voces de los otros cuatro.*)

VISITACIÓN.—(*Dentro.*) ¡Hija!..., ¡hija mía!...

JEFFRIES.—(*Saliendo seguido de los demás.*) Es un gorila que se la lleva...

CHAMORRO.—Pégale un tiro, Cascales.

CASCALES.—No sé donde he puesto los lentes...; pero, en fin. (*Apunta.*)

VISITACIÓN.—(*Deteniéndole.*) No, por Dios, que le va a dar a ella.

CHAMORRO.—¡Ah, si mi sable fuera más largo!...

JEFFRIES.—(*Se oye un tiro.*) ¡Calló!

CASCALES.—Le he dado, ¿eh?..., ¡y sin lentes!

CHAMORRO.—Y sin disparar, que es lo más grande.

(*Aparece por la derecha* FRED *con* ACACIA *desmayada en sus brazos. Lleva el rifle colgado al hombro. La trae a primer término y la sienta en la roca.*)

CHAMORRO.—(*Sorprendido.*) ¡Barclay!...

(FRED BARCLAY, *que esta vez no ha sido del todo inoportuno.*)

CHAMORRO.—(*Estrechándole la mano.*) ¡Dios se lo pague!

VISITACIÓN.—(*Abrazando a Acacia, que empieza a volver en sí.*) ¡Hija!..., ¡hijita!...

CHAMORRO.—¿Estás herida?

ACACIA.—No..., no asustarse...; apenas me ha hecho daño...; no vale la pena...

CASCALES.—¿La habrá magullado al estrecharla ese bestia?

ACACIA.—Sí, pero repito que no vale la pena. (*Fijándose en Fred.*) Ha sido usted, ¿verdad?

FRED.—Yo.

ACACIA.—Muchas gracias.

FRED.—(*Con indiferencia.*) ¡Bah!, no vale la pena. (*En este momento suena dentro otro tiro, algo lejano. Fred se tambalea y va a caer a tierra. Todos le rodean y le sostienen.*)

VISITACIÓN.—¡Jesús!...

CHAMORRO.—¿Herido?...

ACACIA.—¿Pero quién?

JEFFRIES.—(*Aparte.*) Se quitó el primer estorbo. ¡No pierde el tiempo el amigo Parker!

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

Un gran salón de espléndida arquitectura en el palacio del Rajah de Samarinda. Fantásticas columnas, esculturas representando elefantes, ídolos, etc. Es de noche. Lámparas y antorchas contribuyen a dar esplendor al recinto. Un trono para el Rajah. Algunos taburetes, de forma extraña, sirven de asiento.

ESCENA PRIMERA

FOSFORINOL, SIRVIENTE

FOSFORINOL.—¿Se les pudieron arreglar los trajes a los europeos?

SIRVIENTE.—Imposible, astro refulgente. El bosque de espinos que atravesaron en la huída debió ser de los más espesos, y en sus pinchos se dejaron casi toda la ropa. No hay en Samarinda quien se comprometa a arreglar tales vestidos.

FOSFORINOL.—Ya sabes que el Rajah, nuestro señor, tiene gran interés en servirles.

SIRVIENTE.—Lo sé, Estrella de cola; pero el arreglo de esas vestiduras, sólo Brahma, o un Dios como él, podría realizarlo.

FOSFORINOL.—¿Y qué hacer?

SIRVIENTE.—He mandado emisarios a los consulados europeos, para ver si en ellos nos pueden facilitar alguna ropa, y entretanto se les ha cubierto con trajes del país, los que he encontrado más a mano en Palacio.

FOSFORINOL.—Medida acertadísima. Vamos a dar cuenta al Rajah, y veremos qué dispone.

FOSFORINOL.—Te sigo, Lucero de la mañana. *(Hacen mutis.)*

ESCENA II

CHAMORRO, VISITA, ACACIA y CASCALES, los cuatro vestidos con trajes orientales. CASCALES lleva en la cara un pañuelo negro, como si tuviese dolor de muelas. Salen por una lateral.

CHAMORRO.—¡Qué vistosa, y sobre todo qué cómoda resulta esta manera de vestir. Nada de americana con trabilla ni cuellos de pajarita... y luego que no se le encarcela a la naturaleza. Aquí los desarrollos son por igual, y además no están tan descaradas ciertas protuberancias.

ACACIA.—Yo estoy tan contenta con mi traje, que casi me alegro de lo que nos pasó en el bosque de espinos.

VISITACIÓN.—¿Resulto bien yo? (*Contoneándose.*)

CASCALES.—Usted está para que la coloquen en una pagoda.

CHAMORRO.—Y tapien la puerta. La que está preciosa es la chica.

ACACIA.—¿De veras? (*A Cascales.*) ¿Qué le parece a usted?

CASCALES.—(*Brusco.*) A mí no me parece nada.

ACACIA.—¡Jesús, qué humor tiene usted!

CHAMORRO.—Que le dolerá la cara. Pero hombre, ¿por qué no pides un poco de opio? Aquí debe haberlo bastante bueno, y si tienes dolor, te calmaría.

VISITACIÓN.—Lo que debe tener es hambre. Lleva cerca de dos días sin comer.

CHAMORRO.—Tiene razón ésta. ¿Por qué no tomas algo? Aquí ya has visto que nos tratan a cuerpo de rey. Yo ayer, en plena selva, como no nos quedaban más provisiones que una caja de galletas, no quise insistir, porque me pareció que, teniendo la cara hinchada, las galletas no te hubieran sentado bien. Pero aquí hay de todo.

ACACIA.—Yo creo que debía verle un médico, porque eso debe de ser erisipela.

CASCALES.—¿Quieren ustedes que les diga lo que es ésto? Pues es coraje.

VISITACIÓN.—¿Coraje?

CASCALES.—Sí, coraje, y vergüenza y rabia.

ACACIA.—Basta. Comprendo lo que quiere usted decir, pero no tiene razón.

CHAMORRO.—¡Hola! ¿Se trata de celos?

ACACIA.—Sin motivo.

CASCALES.—¿Sin motivo? ¿Pero ustedes no han visto con qué cariño cuidaba al tal Barclay durante el tiempo en que, por causa de su herida, tuvimos que llevarle con nosotros en el viaje?

ACACIA.—Cariño, no; deber de humanidad.

CHAMORRO.—Por fortuna, la herida no tuvo importancia, y digo «por fortuna», porque, aunque se trata de un enemigo, el muchacho no puede ser más simpático, una vez tratado.

CASCALES.—¿También tú?

CHAMORRO.—Lo perseguido no quita a lo indulgente. Ahora, que yo no he visto un hombre más testarudo que él. Todo el mundo, cuando vuelve en sí después de un desmayo, pregunta: ¿dónde estoy? Bueno, pues él, apenas volvió en sí, preguntó: ¿dónde está la biblia? Y después me dijo que agradecía mucho nuestros cuidados; pero que seguiría haciendo los imposibles para que no llegáramos a tiempo.

CASCALES.—Y en vista de eso, tu hija le ha suplicado al Rajah que haga todo lo posible por salvar de las manos de los cor-

tadores de cabezas al hijo del banquero... ¡Al culpable de todo lo que nos pasa! ¿Qué demuestra ésto?

ACACIA.—Demuestra que, sin olvidar lo malo que nos hizo, tampoco debemos olvidar lo bueno.

CASCALES.—Total, que mató al mono que se la llevaba a usted. ¡Eso matará él, monos!

ACACIA.—Sí, pero que si no le mata, sabe Dios lo que sería de mí a estas horas. Además, papá le debe la vida también.

CHAMORRO.—Bueno, pero a mí ya sabes que eso de deber no me preocupa.

ACACIA.—Acordaos cuando, perseguidos por los Corredores de bosques, cayó en el fondo de un barranco, ¿quién se arriesgó a bajar hasta el precipicio?; ¿quién le salvó?

CASCALES.—¡Valiente cosa! Eso hará él, bajar a los precipicios.

ACACIA.—¿Por qué no bajó usted?

CASCALES.—Porque yo no estaba para descnder a ciertos detalles.

CHAMORRO.—¡Caray!, ¿le llamas detalle a estar colgado cerca de diez minutos en el saliente de una piedra? Otras veces, confieso que me has sacado de apuros, pero el otro día me dejaste colgado.

ACACIA.—En cambio Fred se portó con gran nobleza. Pudo abusar de tu situación y quitarte la Biblia; pero ya viste..., se contentó con salvarte, y ni siquiera esperó a que le dieses las gracias.

CHAMORRO.—Lo de quitarme la Biblia hubiera sido algo difícil.

ACACIA.—No sé por qué.

CHAMORRO.—Sencillamente porque ni la llevaba entonces ni la llevo ahora.

TODOS.—¿Eh?...

CHAMORRO.—Lo que oís. Ni la llevaba ni la llevo.

CASCALES.—¿La has perdido?

CHAMORRO.—(*Sacando de su cartera un papel.*) La he cambiado por un recibito. Esto no se le ocurre a todos los cerebros. Cuando en Canarias me di cuenta del peligro que significaba llevar la Biblia encima, la deposité sin deciros nada en una casa de banca, que se encargó de remitirla con todas las seguridades a su homónima de Nueva York, donde está en depósito, y me la entregarán a nuestra llegada, mediante la presentación de este recibo. ¿Eh?..., ¿qué tal? (*Vuelve a fumar.*)

VISITACIÓN.—¡Ay, Chamorro!, deja de chupar y ven que te abrace. ¡Eres epopéyico!

CHAMORRO.—Que tengo substancia grisácea y nada más. Ahora, que ni esta ni ninguna estratajema nos hubiera servido de nada si al Rajah de Samarinda no se le ocurre salir a cazar tigres y tropieza con nosotros en el precsio momento en que los Cortadores de cabezas nos iban a hacer innecesaria la antipirina.

CASCALES.—¿Por qué no nos salvó entonces el americano?

ACACIA.—Ya lo intentó, pero arremetieron contra él, y a estas horas no sabemos si logró escapar o le hicieron prisionero.

CHAMORRO.—Así podremos concluir nuestro viaje sin obstáculos.

VISITACIÓN.—Y además la suerte que hemos tenido del que el Rajah esté tan atento con nosotros.

CHAMORRO.—¡Vaya un tío este Rajah de Samarinda! ¡Eso es un monarquita, y no los que gastamos en Europa, que no le invitan a uno ni a un *five o clok tea*. Este nos salva de la muerte, nos hospeda en Palacio, nos facilita ropa y hasta nos convida a no sé que fiesta que se celebra hoy. Esto lo cuentas en España, y te mandan duchas porque creen que estás deteriorao de la cabeza.

CASCALES.—Aquí viene el secretario.

ESCENA II

DICHOS. FOSFORINOL, con un traje oriental de fantasía.

FOSFORINOL.—(*Saliendo y saludando.*) Europeos...

CHAMORRO.—Hola, simpático samarindense.

FOSFORINOL.—Que Vichnu, el de las siete cabezas, piense en vosotros cuatro.

CHAMORRO.—Si así lo hace, le sobran tres cabezas todavía.

FOSFORINOL.—El Rajah me ordena que os entregue el certificado que le pedisteis.

VISITACIÓN.—(*A Chamorro*) El de la muerte de tu hermano.

CASCALES.—Sin el cual no podríamos retirar el depósito.

FOSFORINOL.—Ahí le tenéis, firmado por el Director general de la última morada, con el visto bueno del Subsecretario del Sueño Eterno y el real sello de Samarinda. En él se da fe de que Tomás Chamorro Arenilla, europeo, natural de Cabezón de la Sal, etc., etc., falleció a los tres días de su llegada aquí a consecuencia de un aire. (*Le da a Chamorro el papel, que guarda en la cartera.*)

CHAMORRO.—Siempre iba muy desabrigado.

FOSFORINOL.—De un aire que derribó una chimenea y le cayó en la cabeza.

CHAMORRO.—¡Ah, ya!

ACACIA.—¡Qué desgracia más horrible!

FOSFORINOL.—Además mi señor se está ocupando de vuestra partida.

CHAMORRO.—¡Qué gran persona es el amigo!... ¿Cómo me dijiste que se llamaba?

FOSFORINOL.—Sandwich I, Rajah de Samarinda.

CHAMORRO.—Bueno, pues me ha gustado tanto el Sandwich este, que a nuestro regreso de América le haremos una visita.

ESCENA III

DICHOS. Un SIRVIENTE

SIRVIENTE.—(*Saliendo y haciendo una reverencia a Fosforil.*) Astro de la mañana...

FOSFORIL.—¿Qué ocurre?

SIRVIENTE.—El Gran Brahman de Cavitri llega en este momento de Siva, y desea que influyas cerca del Rajah para que le reciba y le permita asistir a la fiesta de los Idolos.

FOSFORINOL.—Con gusto lo haré. Precisamente nuestro señor, y con él todos los que le rodeamos, ansiábamos conocerle. Hazle pasar.

SIRVIENTE.—Le he dicho que estabas con unos europeos.

FOSFORINOL.—No importa, que pase.

SIRVIENTE.—Tu deseo es ley, faro esplendoroso. (*Vase.*)

FOSFORINOL.—(*A los demás.*) Es la primera vez que viene a Samarinda. Se trata de un verdadero santo. Predice el porvenir, y la gente llega hasta él de tierras lejanas para pedirle oráculos, colmándole de ricos presentes.

ESCENA IV

DICHOS. PAKER, disfrazado y vestido de Brahman, entra apoyado en el hombro de JEFFRIES, vestido de viejo fakir mendigo.

PARKER.—¡Que Vichnu, Brahma, Kali y Siva te protejan, como igualmente a vosotros, extranjeros.

FOSFORINOL.—Sé bienvenido.

CHAMORRO.—(*A los suyos.*) Yo no me quedo atrás. (*A Parker.*) ¡Que Júpiter, Minerva, Caco, la Cibeles, Urano y Neptuno sean con vosotros. (*A los suyos.*) ¿Eh?..., ¿he estado mitológico?

JEFFRIES.—(*Aparte a Parker.*) Me da miedo esta aventura, Parker. Si nos descubrieran, no tendría piedad de nosotros el Rajah.

PARKER.—(*Aparte a Jeffries.*) Disimula y calla. (*Alto.*) Este viejo fakir es mi guía. Un santo que se impone sacrificios y privaciones realmente inconcebibles. Ha hecho el juramento de vivir sin beber.

JEFFRIES.—(*Aparte.*) Cállate que me das sed.

ACACIA.—De usted ya nos ha dicho el señor (*por Fosforil*) que es un santo que lee en el porvenir.

PARKER.—Cierto. Yo soy el que conoce todas las cosas; yo sé las palabras que hacen crecer la hierba; yo poseo los conjuros que, formulados la segunda noche de la novena luna, matan a

aquellos a quienes se dirigen; yo descubro el pasado en sus menores detalles y rompo los velos del porvenir.

CHAMORRO.—Hombre, me gustaría que me rompiera a mí el velo.

CASCALES.—¡Pero, Chamorro!..., parece mentira que tú, un hombre educado a la moderna, un artista, crea en ciertas cosas...

ACACIA.—Esas son gitanerías, papá.

CHAMORRO.—Conforme en lo que respecta al porvenir. Ahí puede engañarnos, pero ¿y en lo pasado? ¿No habéis oído que descubre también lo pasado?

ACACIA.—Si fuera eso cierto...

VISITACIÓN.—Y puede que sepa echar las cartas...

CHAMORRO.—Dejarme a ver. (*A Parker.*) Mi querido Brahman, si no he oído mal, para ti lo pasado como si lo vieras con lupa.

PARKER.—Así es. Para mi ciencia nada hay oculto.

CHAMORRO.—¿Y tendrías inconveniente en narrarme mi historia retrospectiva? (*Parker mira a Fosforil y vacila.*)

FOSFORINOL.—Accede a sus deseos; son huéspedes de nuestro señor.

PARKER.—Siendo así, no puedo negarme. Dame tu mano.

CHAMORRO.—¿La diestra o la siniestra?

PARKER.—Cualquiera. (*Chamorro alarga una mano, que coge Parker. Haciendo una invocación.*) En el nombre de la divinidad Bowhaní, la de los diez brazos, siempre borracha de sangre. En el nombre de Paramasseri, virgen que engendró el mono Hanouman, hijo de Ixora el ciego; en el nombre del pájaro Garonda y del toro Nandy, esclavos del cruel Siva; en nombre del águila Hamsa de Quenewadí y de Superbennia la de las seis caras; en el nombre de Patragalí, que domó a Barida...

CHAMORRO.—¡Qué de gente conoce este hombre!

PARKER.—Yo te invoco, ¡oh, Parawasti!, esposa del divino Brahma, y te ruego que supliques a Ieva, el Dios tutelar, que ilumine mi pensamiento... Que vea lo que fué y lo que será.. (*Pequeña pausa.*) ¡Ya, ya!...

VISITACIÓN.—¿Qué le sucede?

CHAMORRO.—La iluminación... Que se está iluminando.

PARKER.—Tú vienes del otro lado de los mares... de un país poco poblado.

CHAMORRO.—(*A los suyos.*) La Guindalera.

PARKER.—Antes de hacer este viaje has trabajado mucho.

CHAMORRO.—Vermouth y noche, y los domingos cuatro secciones .

PARKER.—Has sentido el halago del pueblo.

CHAMORRO.—¡Menudas ovaciones!

PARKER.—Algunas veces injusto.

CHAMORRO.—Sí, señor, porque las hortalizas no se deben tirar

PARKER.—Espera... (*Pequeña pausa.*) Tú estás haciendo un

viaje lleno de dificultades... Uno de los tuyos corrió grave peligro...

CHAMORRO.—Ya está aquí el gorila.

PARKER.—Veo un animal...

CHAMORRO.—(*Por Cascales.*) Este... tuvo la culpa, que la dejó sola.

PARKER.—Tú estás en lucha con otra fuerza que te preocupa Veo un objeto que atrae hacia tí todos los peligros...

ACACIA.—¡Es asombroso!...

CASCALES.—¡Quiere hablar de la Biblia!...

PARKER.—Un libro santo que tus enemigos quieren arrebatarte, y que no logran encontrar.

CHAMORRO.—(*Con aire de triunfo.*) ¡Claro, como que a estas horas estará en Nueva York, y allí no la entregarán más que a la presentación del recibo que llevo en la cartera.

JEFFRIES.—(*Aparte a Parker.*) ¿Oyes?

PARKER.—(*Idem.*) Sí, calla.

CASCALES.—Bueno, ¿y qué más?

PARKER.—Nada más.

CHAMORRO.—Pero eso es el pasado, y a nosotros lo que nos interesa es el porvenir.

ACACIA.—Saber si triunfaremos.

VISITACIÓN.—Si cobraremos.

CHAMORRO.—Y que ahora es cuando creo firmemente en tu ciencia.

PARKER.—¿El porvenir?... Espera...

CHAMORRO.—¡Dios mío, que no nos lo amargue!

PARKER.—(*Con decisión.*) Triunfarás.

TODOS.—(*Con alegría.*) ¿De veras?

PARKER.—Veo mucho dinero... Un río de oro...

CHAMORRO.—(*En un acceso de alegría.*) Permíteme que te estreche. (*Le abraza.*) Eres el Brahman más simpático que proteje el Dios de las siete cabezas y la Diosa de los siete brazos... ¡Aprieta, hombre, aprieta!... (*Parker se abraza efusivamente a Chamorro, y aprovecha la ocasión para quitarle la cartera, de modo que lo vea el público.*) Y si tu religión te lo permite, te convido a un whisky con anchoas.

JEFFRIES.—(*Con alegría.*) No, no se lo permite, pero la costumbre es que lo tome yo por él.

PARKER.—No lo harás sin tener la cólera de Silva. Ven, demos gracias a las divinidades por haberme inspirado en mi oráculo. (*Se apartan a una lateral.*)

CHAMORRO.—Ya lo habéis oído. El triunfo es nuestro.

FOSFORIL.—Jamás se equivocó el Brahman de Cavitri. Budah está con él.

PARKER.—(*Aparte a Jeffries.*) Aquí está la cartera.

JEFFRIES.—(*Con alegria.*) ¿Cómo?... ¿Le has?...

PARKER.—Silencio. Voy a sacar todos los documentos nece-

sarios y a volver a dejarle la cartera. No conviene que note su falta. Es un juego de niños. (*Voces dentro de ¡viva el Rajah!*)

ACACIA.—¿Eh? ¿Qué voces son esas?

FOSFORINOL.—Es el Rajah que llega con su séquito.

ESCENA V

DICHOS. El RAJAH de Samarinda.

(*Salida del Rajah con un lucido cortejo, que se describe aparte. El Rajah se sienta en su trono.*)

RAJAH.—Europeos. En vuestro honor, y a mi presencia, va a celebrarse el baile de las espadas. Una vez termine, marcharé a la fiesta de los Idolos, que no podéis presenciar, porque los dioses no permiten que los extranjeros penetren en sus templos no conozcan sus misterios. Vosotros podéis seguir vuestro viaje El capitán del navío inglés que hay en el puerto y que leva anclas esta noche, está dispuesto a admitiros. Os dejará en Nagasaki; allí podéis tomar la gran línea de vapores, que os conducirá a San Francisco, y de San Francisco, por el camino de hierro ganaréis Nueva York.

CHAMORRO.—Este tío es la guía del viajero. Gran Rajah.. ¿Cómo podríamos pagarle?...

RAJAH.—Excusad agradecimientos, y empiece el baile. (*Aparecen las bailarinas, que ejecutan el baile de las espadas.*)

ACACIA.—(*Una vez terminado el baile.*) ¡Precioso!

CHAMORRO.—Esto lo meto yo en una comedia en Madrid.

RAJAH.—Y ahora no hay tiempo que perder. Nosotros al templo de los Idolos.

CHAMORRO.—Y nosotros a América.

PARKER.—Y no olvides nunca al humilde Brahman, que te profetizó la suerte. Tiéndeme tus brazos por última vez.

CHAMORRO.—Encantado. (*Se abrazan largamente, y Parker le vuelve a introducir en el bolsillo la cartera.*)

FOSFORINOL.—¡A la fiesta de los Idolos!

CHAMORRO Y LOS OTROS TRES.—¡A Nueva York!

PARKER.—(*Aparte.*) ¡Corred, que cuando lleguéis será tarde!

TELON

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

— —

CUADRO SEXTO

Sala de acceso al andén de una estación de ferrocarril en San Francisco de California. A la izquierda, puerta que da al andén. Pintadas en el telón taquillas de expendición de billetes y carteles y demás accesorios propios de una estación. Es de día. Algunos viajeros cruzan la escena llevando maletas y efectos de viaje, y desaparecen por la puerta que da al andén.

ESCENA PRIMERA

JEFFRIES, vestido con elegancia exagerada y estrambótica. Un BOTONES, llevando un pupitre portátil y un fajo de hojas para telegramas. Poco después, GABY, también elegante vestida, pero denotando su condición de apache.

JEFFRIES.—(*Entrando.*) Estoy que me ponen en la Quinta Avenida y me llevo de calle, es decir, de aven da, a todas las mujeres que pasen. Parker me ha dicho que le espere aquí, y que para hacerla pasar por hija de Chamorro... ¡Con tal de que se guapa...

BOTONES.—(*Acercándose.*) Caballero, ¿quiere usted poner algún telegrama?

JEFFRIES.—No tengo afecciones lejanas. Déjame. (*Sale Gaby que cruza la escena varias veces como si buscase a alguien.*)

JEFFRIES.—(*Reparando en ella.*) ¿Será ésta?... No me disgustaría, porque no está del todo mal. Procedamos con cautela. (*Se acerca a ella.*) ¿Busca usted a alguien, señorita?

GABY.—¿Y a usted qué le importa?

JEFFRIES.—Mucho, si es usted la que espero. Nada, si me equivocado. (*Aparte.*) ¡Esto es hacerle honor al trajecito!

GABY.—Si espera usted a una joven, acaso pudiera ser yo; ¿pero quién me asegura a mí que es usted el que yo busco?

JEFFRIES.—(*Con coquetería.*) Aunque no lo fuera, desde este momento me buscaría usted.

GABY.—(*Burlona.*) ¿De veras?

JEFFRIES.—(*Tomando una postura cómica.*) Pasee sus ojos por este perfil y se convencerá.

GABY.—Pues sí que lleva usted razón, porque a mí me han dicho: «en la estación te estará esperando un espantapájaros» y ha sido usted puntual.

JEFFRIES.—(*Dando media vuelta.*) Usted viene equivocada jovenzuela.

GABY.—Pues las señas son mortales.

Jeffries.—Una palabra, dígame usted una sola palabra, para saber a qué atenernos.

Gaby.—Parker.

Jeffries.—(*Tendiéndola la mano.*) ¡Chócala! Algo ofendido estoy por la comparación volátil, pero chócala. (*Se dan la mano.*) ¿Tú has trabajado ya con el patrón?

Gaby.—Mucho.

Jeffries.—¿Cómo te llamas?

Gaby.—Gabriela Violet, pero mi nombre de guerra es Gaby.

Jeffries.—¿Parisien?

Gaby.—De Montmartre.

Jeffries.—Pues de esta hecha, Europa y América tienen que llegar a una «entente», pero de lo más cordialísima.

Gaby.—Si América se viste de otro modo, quizá...

ESCENA II

DICHOS, PARKER y DAWIS

Parker.—¡Un contratiempo horrible! ¡Los españoles están aquí!

Jeffries.—¿En San Francisco?

Parker.—Acabo de ver a uno de ellos facturando los equipajes.

Jeffries.—¿Pero cómo han podido ganarnos el adelanto que les sacamos en Nagasaki? Nuestro vapor salió seis horas antes...

Parker.—Ni lo sé, ni es ocasión de averiguarlo. El tren para Nueva York sale a las nueve y cincuenta; faltan treinta minutos...

Dawis.—Y hasta mañana a la misma hora no vuelve a salir otro.

Parker.—Pues es necesario que pierdan el de hoy. Con veinticuatro horas que les llevemos de ventaja tenemos bastante.

Jeffries.—Lo veo difícil.

Parker.—¿Y cuándo has visto tú nada fácil, imbécil?

Jeffries.—Eso es verdad.

Parker.—(*A Dawis.*) ¿Tienes ahí el reloj de oro que robaste anoche?

Dawis.—(*Sacando uno del bolsillo.*) Aquí está.

Parker.—Bien; pues venid, y no perdáis ni una sílaba de lo que os toca hacer a cada uno. (*Vánse todos por la lateral.*)

ESCENA III

CHAMORRO, seguido del BOTONES. Poco después, GABY y JEFFRIES

CHAMORRO.—¡Qué pesado eres! Ya te he dicho que no tengo necesidad de telegrafiar. (*El botones circula por la escena ofreciéndose a otros viajeros, y después váse.*) Bueno, me río yo de todos los viajes que he hecho allende la Mancha y pueblos fronterizos. ¡Qué travesía la de Nagasaki a San Fransisco! ¡Se han mareado hasta las ostras que llevábamos a bordo! Mi mujer creyó firmemente que se moría, y no hacía más que decirme: «Cirilo, si la diño, no me des por tumba el Pacífico. Que me embalsamen y me necropolicen en el Este.» Ahí se han quedado en el restaurant de la estación tomando un tentempié, mientras Cascales, que es hombre metódico y que todo lo lleva al céntimo, saca los billetes, factura, etc. ¡Dios mío, cuando me vea en Madrid con mis 220 millones!... ¡Hasta el pavimento me va a parecer magnífico!

(*Aparece JEFFRIES con GABY. Esta lleva en la mano el reloj de oro que enseñó Dawis. Jeffries da muestra de hallarse poseído de una gran desesperación; lanza gruñidos sordos, se mesa los cabellos, etc.*)

GABY.—(*Acercándose a Chamorro.*) Usted perdone, señor. Si tuviese la amabilidad de indicarme dónde hay una casa de préstamos, que no estuviera lejos de la estación...

CHAMORRO.—(*Aparte.*) ¡Mi madre, qué figura para una comedia policíaca! (*Alto.*) Señorita, yo soy extranjero, y no conozco San Francisco.

JEFFRIES.—(*Redoblando sus muestras de desesperación.*) ¿Lo ves? ¿Ves cómo es inútil?... (*Elevando las manos al cielo.*) ¡Señor!... ¡Señor!... ¿Para cuándo dejas las muertes repentinas?... ¡Una apoplegía!... ¡Un derrame seroso!... ¡Un ataque de uremia!...

CHAMORRO.—(*Aparte.*) ¡Mi citada madre, y qué peticiones más necrológicas está haciendo! ¿Quién será este tío?

GABY.—No te desesperes, tío.

CHAMORRO.—Tío..., es tío, lo he adivinado.

JEFFRIES.—¿Que no me desespere? ¡Acércame a los labios ácido prúsico y me lo beberé como el ajenjo más codiciable; dame una Browing, y me parecerán pocos los siete tiros para acabar con esta vida de torpezas...

CHAMORRO.—¡Nada, que se ha empeñado en que le hagan la autopsia!

JEFFRIES.—¡Y faltan apenas veinte minutos! ¡Maldición del cielo!... Yo me quedaré aquí; pero te juro que al arrancar el tren me arrojo a la vía y que me haga cuartos!

CHAMORRO.—(*Aparte.*) Esto debe ser cuestión de dinero. (*Al

to.) Caballero... Usted dispense que yo me meta... Pero es que oyéndole a usted la «Desesperación», de Espronceda, es un poema bucólico.

JEFFRIES.—Tiene usted razón, pero si conociera mi apuro..

CHAMORRO.—Muy grande debe de ser.

GABY.—¿Por qué no apelamos a este caballero? Cuéntale el caso.

JEFFRIES.—¡La fatalidad!... No es más que la fatalidad que me persigue. Figúrese usted que mi sobrina Herminia y yo tenemos que estar en Creek-River, mañana sin falta; va en ello la ruina de una casa. Si perdemos este tren, como hasta mañana no hay otro, llegaríamos un día después.

CHAMORRO.—¿Y por qué no lo toman?

JEFFRIES.—Porque al acercarme a la ventanilla para sacar los billetes me han quitado la cartera... ¡Si soy más bruto!... ¡Me daba así con la cabeza contra la pared!... (*Trata de hacerlo, y los otros le sujetan.*)

CHAMORRO.—¡Calma, hombre!

JEFFRIES.—¡La cartera con todo el dinero que llevaba! No es la primera vez que me ocurre.

GABY.—Habíamos pensado empeñar este reloj de oro, y en último caso, venderlo.

JEFFRIES.—Todo, todo antes que perder el tren.

GABY.—Pero no nos da tiempo, ni de una cosa ni de la otra.

CHAMORRO.—(*Compadecido.*) ¡Caramba!... Si no fuese mucho lo que ustedes necesitaran... Yo he tenido también graves percances, y me he quedado casi con lo justo para llegar a Nueva York...

GABY.—¡Ay, si usted hiciese el favor de quedarse con él, caballero!

JEFFRIES.—Con diez dólares salíamos del apuro.

CHAMORRO.—Diez dólares sí puedo darles.

GABY.—¿De veras? ¡Ah, señor! Mi tío y yo pediremos a Dios que le saque con bien en todos sus asuntos. Tome usted. (*Le da el reloj.*)

CHAMORRO.—(*Rechazándole.*) No, nunca; yo no soy un usurero, soy un artista. Vuelo más alto. Ahí van los diez del ala. (*Se los da.*)

JEFFRIES.—(*Enfadado.*) ¡De ninguna manera! Si usted no acepta el reloj no tomamos el dinero... Parecería que habíamos representado una comedia... Que era un chantage... (*Desesperándose más.*) Y yo me vería obligado a darme con la cabeza en aquel...

CHAMORRO—(*Sujetándole.*) ¡Pero qué cabezota es este tío!

GABY.—(*Suplicante.*) ¡Acéptelo usted, caballero!... ¡Yo se lo suplico! De otro modo no tomaría mi tío el dinero... Le conozco bien.

CHAMORRO.—Bueno, bueno... Pero que conste que... es a viva fuerza, ¿eh? A mí no me gustan estas cosas.

JEFFRIES.—¿Le parece a usted pequeño el favor que nos hace?

CHAMORRO.—Siendo así... (*Toma el reloj y da el dinero.*)

JEFFRIES.—Mil gracias, señor, mil gracias. Anda, vamos a sacar los billetes. Es en la otra sala.

GABY.—¡Ay, en qué buena hora nos le hemos encontrado a usted! (*Vánse los dos por la derecha.*)

ESCENA IV

CHAMORRO, ACACIA, VISITA y CASCALES, por la derecha.

CHAMORRO.—(*Mirando el reloj.*) ¡La de veces que me he visto yo en apuros así, con la compañía, en la estación y sin un mal Roscopf que pignorar! Y este no parece malo... ¡Ya l creo! Es un reloj magnífico. He hecho un negocio redondo. ¡Cómo me va a envidiar Cascales! El que cree que tiene la exclusiva en esto de aprovechar las ocasiones...

CASCALES.— (*Saliendo seguido de las mujeres.*) Ea, ya está todo listo.

VISITACIÓN.—¡Valiente café nos han dao en el restaurant! E. recuelo que sirven en las churrerías de Madrid es un néctar comparao con éste. ¿Pues y la tostada?

ACACIA.—Un panecillo muy chico, que nos lo han servido con palabra de honor de que tenía manteca.

VISITACIÓN.—¡Ay, Madrid de mi alma! Aquellas medias d abajo, del café de San Millán, chorreando grasa...

ACACIA.—Y aquellos picatostes.

CASCALES.—Bueno; déjense ustedes de discusiones alimenticias, y al tren. Ya saben ustedes que llegaremos ocho horas justas antes de expirar el plazo.

CHAMORRO.—Lo suficiente.

CASCALES.—Sí; pero no quieran ustedes pensar si por una discusión, acerca de las medias tostadas, perdiéramos este tren. (*A un empleado que habrá en la puerta del andén.*) Oiga señor empleado, ¿el tren que sale para Nueva York?

EMPLEADO.—Vía número siete.

CASCALES.—Ya lo oyen ustedes. A la vía séptima. (*Toman sus maletas y demás bultos de viaje y se disponen a marchar.*)

ESCENA V

DICHOS, DAWIS. Un POLICEMEN, por la derecha.

Durante esta escena salen más viajeros. Unos pasan al andén. Otros quedan en escena, para intervenir en lo que sigue.

POLICEMEN.—(*Deteniéndolos.*) Un momento. (*A Dawis.*) ¿Dice usted que es uno de estos dos individuos el que le ha robado el reloj?

DAWIS.—Uno de los dos debe tenerlo, sí, señor.

VISITACIÓN Y CASCALES.—(*Sorprendidos.*) ¿Eh?...

ACACIA.—¿Cómo?

POLICEMEN.—Ya lo oyen ustedes. El señor les acusa de haberle robado su reloj de oro.

CHAMORRO.—Poco a poco... (*Se van acercando los demás viajeros que forman corro.*) Yo tengo un reloj de oro, pero lo acabo de comprar por diez dólares a una joven y a un señor, que deben estar por ahí. (*Mirando a todos lados.*)

POLICEMEN.—No se canse. La estratagema esa de la compra es vieja.

ACACIA.—¡Oiga usted, que mi padre es incapaz!...

VISITACIÓN.—Mi marido es el extracto de la honradez, para que usted lo sepa.

POLICEMEN.—Bien. Eso ya lo aclararemos en el puesto de policía. A ver el reloj. (*Chamorro se lo entrega.*) (*A Dawis.*) ¿Es éste?

DAWIS.—El mismo.

POLICEMEN.—¡Magnífica alhaja! (*A Chamorro.*) ¿Y usted quiere hacernos creer que ha habido una persona tan idiota que le ha vendido este reloj por diez dólares?

CHAMORRO.—Es que se encontraban en un compromiso...

POLICEMEN.—El compromiso va a ser para usted. (*A los viajeros.*) Fíjense ustedes, señores; un reloj de oro de ley, dos tapas, repetición de cuartos y medias...

UN VIAJERO.—¿Eh?... ¿Cómo?...

POLICEMEN.—¡Y se lo han dado por diez dólares! (*A Chamorro.*) Ha sido usted poco hábil... Si siquiera hubiera dicho ciento cincuenta...

VIAJERO.—Permítame usted... (*Examina el reloj de cerca.*) Este reloj es mío.

TODOS.—¿Eh?...

VIAJERO.—¿Lleva en la contratapa las iniciales J. W. B.?

POLICEMEN.—(*Abriéndolo.*) En efecto.

VIAJERO.—Las mías. Me llamo Jhon Wássington Bridge, doctor en medicina. Vivo en la Segunda Avenida, y conservo el certificado de garantía con el número, que puedo presentar.

DAWIS.—(*Aparte.*) ¡Maldita coincidencia!

POLICEMEN.—(*A Dawis.*) ¿Qué dice usted a ésto?

DAWIS.—(*Confuso.*) Digo que debe ser una equivocación...

VIAJERO.—Estoy seguro. Me lo robaron anteanoche en el teatro.

ACACIA.—Siendo así, no tiene de qué justificarse mi padre. Nosotros hemos desembarcado, procedentes de Nagasaki, anoche a las diez. Ahí está el intérprete del hotel Palace, donde hemos parado, que lo puede atestiguar.

INTÉRPRETE.—Es cierto. Yo les acompañé desde el muelle al hotel.

VISITACIÓN.—¿Pero es que tenemos nosotros cara de robar relojes?

CHAMORRO.—Calla, y no metas la pata. Para robar relojes no hay caras especiales. (*En este momento, Dawis intenta escapar, pero el policemen, que no le ha perdido de vista, le coge por el cuello y por un brazo.*)

POLICEMEN.—¡Quieto! ¿Qué creías, que no me sospechaba que estabas esperando un descuido mío?

DAWIS.—(*Aparte.*) ¡Estoy perdido!...

POLICEMEN.—(*A Dawis.*) Anda, que te voy a llevar donde se te pasen esas ganas de correr. (*Al viajero.*) Y usted, caballero, si quiere venir a hacer la reclamación de su reloj en forma...

VIAJERO.—Ya lo creo que voy.

POLICEMEN.—(*A Chamorro.*) Y si usted quiere hacer también la reclamación de los diez dólares... Veremos qué clase de pájaro es éste y qué fin lleva al hacer lo que ha hecho con usted.

CHAMORRO.—No. Los doy por bien perdidos. Tengo necesidad urgente de marchar.

POLICEMEN.—Bien. (*A Dawis.*) Vamos. (*Váse el policemen, llevándose a Dawis. Los viajeros, que presenciaban la escena, se van también tras ellos.*)

ESCENA VI

CHAMORRO, CASCALES, ACACIA, VISITA, El EMPLEADO

VISITACIÓN.—¿Pero qué idea te ha dado de comprar ese maldito reloj?

CHAMORRO.—Ahí tienes, por hacer un favor. Y yo que pensaba burlarme de éste.

CASCALES.—Bueno, no perdamos tiempo. En el vagón nos explicarás...

ACACIA.—Sí, vamos. (*Al ir a entrar en el andén, el empleado los detiene.*)

EMPLEADO.—¿Dónde van ustedes?

CHAMORRO.—Al tren de Nueva York.

EMPLEADO.—Acaba de partir.

(*Todos dejan caer las maletas y bultos al suelo, quedando completamente anonadados.*)

EMPLEADO.—No se apuren ustedes. Hablándole al jefe les autorizará los billetes para el próximo tren. Total, una pérdida de tiempo.

ACACIA.—Total, doscientos veinte millones.

CHAMORRO.—¡La ruina!

VISITACIÓN.—¡Qué retraso más estúpido!

CASCALES.—El retraso del relojito.

CHAMORRO.—(*Imitando a Jeffries.*) ¡Dios mío!, ¡una apoplejía!, ¡un ataque de uremia!... Voy a darme de cabezadas contra la pared. (*Acacia le contiene.*)

ACACIA.—No está todo perdido. ¿Cuánto cuesta un tren especial hasta Nueva York?

EMPLEADO.—Dos mil dólares.

CASCALES.—¡Diez mil pesetas! Casi lo que nos queda.

ACACIA.—¿Y qué? ¿No es preferible sacrificar diez mil pesetas a perderlo todo?

CHAMORRO.—En eso lleva razón ésta. Cascales, no vaciles, que me pierdes.

CASCALES.—Por mí..., perdido por ciento...; pero conste que si por cualquier causa no llegamos, me dejan ustedes en la miseria.

ACACIA.—Eso no ocurrirá aunque no lleguemos. Usted no cuenta con que el día que muera mi padrino heredaré quinientas mil pesetas.

VISITACIÓN.—Y cien mil duros no son de despreciar.

CASCALES.—Pues antes no decían ustedes lo mismo. En fin. vamos a lo que sea.

ACACIA.—(*Al empleado.*) Indíquenos el despacho del Jefe de estación.

EMPLEADO.—Por aquí. (*Hace mutis con ellos por el andén. volviendo en seguida a la puerta donde estaba.*)

ESCENA VII

FRED, el BOTONES. Poco después, el JEFE de estación. Un CHICO, con las maletas de FRED

FRED.—(*Entrando.*) Vamos, tú, despáchate. (*Mira el reloj.*) Las nueve y cincuenta y cinco. He llegado a tiempo.

BOTONES.—Telegramas... ¿Quién quiere telegramas?

FRED.—Tú, chico...

BOTONES.—¿Desea usted servicio, señor?

FRED.—Sí. (*Toma una hoja, y en el pupitre que le presenta el chico, escribe.*) «Banco Barclay-Nueva York. Llegué bien San Francisco. Salgo ahora mismo para Nueva York. Sin noticias de

los Chamorro. Probablemente perdidos. Enhorabuena.—*Fred.*» Toma. (*Le da dinero al chico y el telegrama.*) Que lo expidan en seguida. Llévame la vuelta ahí dentro. En el rápido de Nueva York estoy .

BOTONES.—¡ Si no hay rápido de Nueva York hasta mañana !

FRED.—¿ Cómo? Si he consultado la Guía en el paquebote. Hay un tren a las diez y quince. Me sobra tiempo.

BOTONES.—No, señor. Estamos en servicio de verano y han cambiado esta salida. El tren marchó a las nueve y cincuenta.

FRED.—¡ Maldita contrariedad! De todos modos haz que expidan el telegrama. (*Viendo al Jefe, que entra por el andén.*) Perdón, señor, ¿ es usted el Jefe?

JEFE.—El mismo.

FRED.—Deseo que me pongan en seguida un tren especial para Nueva York.

JEFE.—Imposible. Hay uno pedido.

FRED.—¿ Y eso qué importa?

JEFE.—El reglamento no nos permite más que un tren especial cada veinticuatro horas.

FRED.—¿ Pero no hay forma, cueste lo que cueste, de que yo marche?

JEFE.—Hay una. Que ruegue usted al señor que lo ha encargado que le lleve consigo. Por nuestra parte, si él consiente, no hay dificultad.

FRED.—Es una buena idea. ¿ Cómo se llama ese señor?

JEFE.—Cirilo Chamorro, y familia. Españoles.

FRED.—(*Llevándose las manos a la cabeza.*) ¡ Ellos aquí!... ¡ Son invencibles!

TELON RAPIDO

CUADRO VII

Ocupa toda la escena un «Pullman Car» o vagón-restaurant de un tren norteamericano. A través de las ventanillas, amplias y diáfanas, se ven varias mesitas, una de ellas con mantel puesto y servicio para comida. En todas las mesitas, candelabros elegantes de un solo brazo, con pantallitas, encendidos. Otros aparatos de luz, repartidos en la parte alta del vagón, alumbran éste.

Se verán los rieles y los juegos de ruedas, que funcionarán cuando el diálogo lo indique. En el fondo, paisaje cualquiera, que se divisa por las ventanillas y por el espacio que quede entre la cubierta del vagón y las bambalinas. Como estos vagones son siempre más largos que la anchura de cualquier escenario, sólo deberá verse parte del vagón. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ACACIA, VISITA, CHAMORRO y CASCALES. BARMAN (camarero) 2.º. Después FRED, vestido de barman.

Al levantarse el telón el tren está parado. Acacia aparece asomada a una ventanilla mirando con atención hacia la derecha. El barman segundo quita la mesa en que se supone han comido los personajes. CHAMORRO fuma y lee un periódico. CASCALES se pasea, impaciente.

CASCALES.—(*A Acacia.*) Bueno, ¿pero marchamos o no marchamos?

CHAMORRO.—No seas impaciente, hombre.

CASCALES.—Es que tendría muy poca gracia que encima de que nos hemos gastado un dineral no llegásemos a tiempo.

VISITACIÓN.—(*A Acacia.*) ¿Qué hacen?

ACACIA.—No sé, veo muchas luces que se agitan alrededor de la máquina. A mi juicio, es que están reparando alguna avería.

CHAMORRO.—Que tiren de cualquier manera. Si nosotros no somos de cumplido...; ¡con tal de llegar!

CASCALES.—A mí..., diréis que soy un agorero...; pero, si os he de ser franco, estas paradas me escaman, la verdad.

CHAMORRO.—¿Qué puedes suponer?

CASCALES.—No supongo. Me escamo, y nada más.

(*En este momento entra el* BARMAN *primero, y, dando siempre la espalda a los demás personajes, ayuda al otro. Es Fred. El* BARMAN *segundo sale.* FRED *permanece en el vagón fingiendo arreglar las mesas y escuchando el diálogo que sigue.*)

CHAMORRO.—(*Que ha seguido leyendo, da un salto de pronto.*) ¡Mi madre!

TODOS.—¿Qué pasa?

CHAMORRO.—Vamos, que esto me lo dice a mí un amigo y tenemos un juicio de faltas.

VISITACIÓN.—¿Pero qué es?

CHAMORRO.—¡Trágico!... ¡Cómico, pero trágico!...

ACACIA.—¿Quieres acabar, papá?

CHAMORRO.—¡Trágico, pero cómico!...

CASCALES.—Habla, hombre, habla.

CHAMORRO.—¿Os acordáis que corrí medio San Francisco hasta encontrar periódicos españoles?

CASCALES.—Sí, y que en una librería te proporcionaron un *Imparcial* de quince días fecha. ¿Y qué?

CHAMORRO.—¿Que qué? Oído y preparaos para la sacudida (*Lee.*) En la iglesia parroquial de San Lorenzo se unieron ayer en lazo indisoluble y eterno el acaudalado propietario Don Matías Cubillo...»

TODOS.—¡El padrino!

CHAMORRO.—«Y la virtuosa señora, dos veces viuda, Doña Perpetua Gil.»

ACACIA.—¡El ama de llaves!

VISITACIÓN.—¡Qué lagartona!

CHAMORRO.—(*Leyendo.*) «Los recién casados han salido para Alhama de Aragón a pasar la luna y a curarse el reuma.» ¿Eh? ¿Qué os parece?

ACACIA.—¡Casado el padrino!

VISITACIÓN.—¡Y hasta será capaz de tener un heredero!

CHAMORRO.—¿Uno? Este muere con más familia que Noé, ya lo veréis.

CASCALES.—De todos modos, tenga o no sucesión, el hecho es que se ha casado, y, por lo tanto, la herencia esperada...

CHAMORRO.—¡Ah, ni un cuarto! ¡Menuda pájara es la tal Perpetua!

CASCALES.—(*Sin poderse contener.*) Otro desengaño.

ACACIA.—¿Cómo?

CASCALES.—No, nada.

ACACIA.—Sí, hombre, sí, sea usted franco. Dígalo sin rodeos. A usted le ha disgustado el casamiento de mi padrino porque se le escapa de las manos el dinero que me hubiera dejado, y estoy segura de que si no llegamos a tiempo y no cobramos el depósito, inventará usted cualquier excusa para rectificar su propósito de unirse a mí.

CASCALES.—Se equivoca usted; pero aunque así fuera, no tendría que inventar excusas, porque motivos, y grandes, me tiene usted dados.

ACACIA.—Con Fred Barclay, ¿verdad?

CASCALES.—Con el mismo. A pesar de lo que nos venía haciendo, usted le encontraba muy de su gusto... Barclay, inteligente...; Barclay, noble...; y hasta disculpaba usted su modo de proceder.

ACACIA.—Ya le he dicho a usted mil veces la causa de esa simpatía.

CASCALES.—Sí, que salvó a usted; que salvó a éste. (*Por Chamorro.*)

CHAMORRO.—Bueno, señores, no demos ahora un espectáculo, y preocupémonos de si va a marchar el tren o no.

ACACIA.—Tienes razón. (*Toca un timbre.*)

VISITACIÓN.—¿Qué haces?

ACACIA.—Llamar al Jefe del tren.

ESCENA II

DICHOS. El JEFE del tren.

JEFE.—(*Entrando.*) ¿Llaman ustedes?

CHAMORRO.—Sí, señor.

JEFE.—(*Con calma y marcada ironía.*) Pues ustedes dirán.

CHAMORRO.—Deseábamos que nos informase a qué obedecen estas continuas paradas. Usted comprenderá que cuando se paga un tren especial...

JEFE.—Sí, sí, comprendido. Hemos parado la primera vez por una rotura de enganche, y ahora por una pequeña avería en uno de los tubos de la máquina.

CHAMORRO.—Y se ha reparado ya, ¿verdad?

JEFE.—Hace un momento.

ACACIA.—¿Entonces marcharemos en seguida?

JEFE.—Claro que marchar podemos marchar, pero...

TODOS.—¿Qué?

JEFE.—(*Burlonamente.*) Que puede que no marchemos. (*Todos se miran estupefactos.*)

ACACIA.—¿Y lo oyen ustedes con esa indiferencia?

CHAMORRO.—¿Qué quieres que hagamos?

ACACIA.—Imponerse y obligarle. (*Al Jefe.*) Le ordeno a usted que obedezca y ponga en marcha el tren.

JEFE.—Eso será si yo quiero.

ACACIA.—(*Sacando del bolsillo de mano un revólver y apuntándole.*) O si quiero yo.

TODOS.—¿Eh?

ACACIA.—Si se resiste le juro que disparo.

FRED.—(*Volviéndose y avanzando.*) Mi felicitación, señorita; ese arranque es muy americano.

ACACIA.—¡Fred!

CASCALES.—¿Pero no se le comieron los Cortadores de cabezas?

FRED.—(*Con ironía.*) No les gusté.

CHAMORRO.—(*Dando un puñetazo sobre la mesita.*) ¡Ya está la explicación de las paradas! Este es el enganche roto, el tubo averiado...

FRED.—Tiene usted una inteligencia clarísima, amigo Chamorro. (*Fred hace un ademán, y el jefe del tren se marcha.*)

ESCENA III

DICHOS, menos el JEFE

CHAMORRO.—¿Pero cómo demonio ha podido usted...?

FRED.—(*Cortándole la oración.*) ¿Penetrar en un tren puesto sólo al servicio de ustedes, y que ustedes han pagado, verdad? Facilísimo. Un puñado de dólares me bastó para comprar a un barman y ocupar su lugar; y, una vez en el tren, otro puñado, mayor, claro está, me hizo dueño por completo del convoy. Desde el Jefe al fogonero, son míos. De modo que por esta vez la partida...

CHAMORRO.—Está perdida, porque no llegaremos a Nueva York en el plazo marcado.

FRED.—¡Maravilloso! Insisto en que es usted un hombre de una inteligencia clarísima. (*Pausa.*) ¡Si vieran ustedes qué pesar siento por haberles derrotado!... ¿Por qué no aceptó usted las proposiciones que le hice en Canarias?

CHAMORRO.—Por bestia.

VISITACIÓN.—Por bruto.

ACACIA.—(*Altiva.*) Porque no debió aceptarlas.

FRED.—Usted, siempre la misma.

ACACIA.—Siempre; y aun hoy, que estamos a merced de usted, no las aceptaríamos. Alguna vez llegaremos a Nueva York, y en Nueva York hay jueces, hay tribunales...; por todas partes hemos dejado pruebas de su persecución.

CHAMORRO.—Justo, apelaremos a los tribunales, y como afortunadamente la Biblia está segura...

FRED.—¿Segura?

CHAMORRO.—Segurísima. Porque, sépalo usted (*sacando un revólver*), y le advierto que vamos bien armados. Me la devolverán en Nueva York a la presentación de este recibo. (*Saca la cartera, de ella un sobre y lo abre.*) Mire usted... (*De pronto, aterrado.*) ¡Dios mío!...

ACACIA y VISITACIÓN.—¿Qué te pasa?

CHAMORRO.—¡El recibo..., mis documentos de identidad!.., la partida de defunción de mi hermano..., ¡todo!..., ¡todo me lo han robado!...

CASCALES.—¿Pero qué es lo que tiene el sobre?

CHAMORRO.—Recortes de periódicos.

CASCALES.—¿A ver?... Aquí hay un papel escrito. (*Leyendo.*) «Cómico imbécil»... Esto es para ti. (*Se lo da a Chamorro.*)

CHAMORRO.—(*Continuando la lectura.*) «No busques tus papeles ni intentes llegar a Nueva York, porque llegarías tarde. La familia Chamorro habrá retirado ya su depósito.»

TODOS.—¿Eh?

CHAMORRO.—«Es una de las cosas que se me olvidaron al

adivinar tu porvenir. Dile a ese estúpido de anticuario...» Esto es para ti. (*Le da el papel.*)

CASCALES.—(*Leyendo.*) »que el casarse por dinero tiene sus quiebras.» ¡ Canallas !... «Y tú vuelve al teatro, donde te desean grandes fracasos, *Billington* y *Jeffries.*»

VISITACIÓN.—Por lo visto, el agorero aquel que te echó la buenaventura...

CHAMORRO.—Va delante de nosotros con todos los documentos; y si cobra, ¡ cualquiera le echa mano !

ACACIA.—(*A Fred.*) Señor Fred, supongo que se habrá usted dado cuenta de la situación. Es preciso que nos unamos ante el peligro común.

FRED.—No tenía usted necesidad de indicármelo. Sé lo que hay que hacer. (*Toca el timbre.*)

CHAMORRO.—Aquí lo que hay que hacer es correr..., correr todo lo que se pueda.

JEFE.—(*Entrando.*) ¿ Llaman?

FRED.—¿ En qué estación puedo telegrafiar a Nueva York?

JEFE.—No encontraremos «bureau» permanente hasta llegar a Creek-River.

FRED.—¿ Y a qué hora llegaremos?

JEFE.—Partiendo ahora mismo, mañana, a las ocho de la mañana.

FRED.—Dé usted las órdenes y salgamos en el acto a toda marcha.

CHAMORRO.—Sí, por Dios..., que corra todo lo que pueda.

(*El Jefe hace mutis. A los pocos momentos las ruedas empiezan a girar lentamente, aumentando poco a poco la velocidad. Se escucha el ruido de una tormenta que se desencadena, y cae un rayo. Grandes relámpagos cruzan el paisaje del fondo.*)

FRED.—No se apure usted, señorita, que si el tren no, el telégrafo llegará a tiempo de impedir que los falsos herederos retiren el depósito.

ACACIA.—¿ Y si no llegase?

FRED.—Si no llegase, mi sentimiento sería doble. Al fracaso de mi casa tendría que añadir el de ustedes... (*con dulzura*); mejor dicho, el de usted y...

ACACIA.—Yo también lo sentiría por usted... ¿ Sería horrible !... Tener seguridad en el triunfo y..., ¿con qué cara se iba usted a presentar ante su padre?...

FRED.—No me presentaría.

ACACIA.—Y luego, que para nosotros la pobreza no sería más que una continuación, mientras que en usted sería una desgracia, que acabaría con su felicidad.

FRED.—(*Más apasionado.*) ¿ Quién sabe? ¡ Hay tantas maneras de ser feliz !... (*Siguen hablando en voz baja.*)

CHAMORRO.—(*Que está en el otro grupo.*) Esto corre muy poco.

CASCALES.—No, no creas, que llevamos bastante velocidad.

CHAMORRO.—¡ Quita, hombre ! ¡ Esto es el tranvía del Pardo !

VISITACIÓN.—A mí me parece que nos paramos otra vez. (*En efecto, las ruedas aminoran la marcha hasta pararse.*)

CHAMORRO.—(*Asomándose a la ventanilla.*) ¿A que nos averiamos ahora de verdad?

ESCENA IV

DICHOS. El JEFE del tren.

JEFE.—(*Entrando.*) Señor, imposible seguir adelante.

FRED.—¿Por qué?

JEFE.—Un rayo ha caído en uno de los árboles, incendiándolo. Todo el bosque está ardiendo. Hay que retroceder y esperar.

FRED.—No. Hay que pasar.

JEFE.—Corremos un gran peligro.

FRED.—Dos mil dólares para usted y otro tanto para el resto del personal.

JEFE.—En ese caso, aunque el bosque se nos venga encima pasaremos. (*Hace mutis.*)

FRED.—¡Magnífico! Dentro de dos minutos nos acariciarán las llamas.

ACACIA.—¡Qué espectáculo más hermoso!

CHAMORRO.—A mí que no me acaricien..., ya sabéis que yo tengo un carácter muy adusto...; que acaricien a ésta (*por Visita*), que es más melosa.

VISITACIÓN.—Yo creo que lo que hacemos es una barbaridad.

ACACIA.—¿No habéis sido mil veces intérpretes de la tragedia falsa? Pues bien, ahora vais a serlo de la tragedia real.

CHAMORRO.—Es que yo desde hoy me dedico a lo cómico.

(*Las ruedas, que empezaron a girar, lo hacen ya con gran velocidad. El paisaje se desarrolla en el fondo. Resplandores de fuego invaden toda la escena.*)

FRED.—Ya llegamos. Suban ustedes las ventanillas.

CASCALES.—(*Haciéndolo.*) ¡Dios mío, cómo se nota el calor!

VISITACIÓN.—(*Haciendo lo mismo.*) ¡Uf!.... ¡Esto es un horno!

CHAMORRO.—(*Hincándose de rodillas sobre una mesa para que le vea bien el público.*) ¡Mi querido y torrefacto San Lorenzo! ¡Por las dos vueltas que te dieron en las parrillas tan injustamente; por la poca consideración con que te chamuscaron, apiádate de nosotros; líbranos del tueste, y desde hoy será tuyo afectísimo atento servidor y devoto, Cirilo Chamorro y Arenillas!

(*Queda en una actitud cómica. Los demás se arrodillan a su alrededor. Fred y Acacia, formando otro grupo, observan por las ventanillas el incendio. Nubes de humo invaden la escena. Luces de bengala iluminan el foro. El paisaje pasa rápido, mostrando el bosque incendiado.*)

TELÓN LENTO

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO OCTAVO

Sala de las Cajas de seguridad en la casa de banca Barclay. Divisiones o mamparas con ventanillas, detrás de las cuales trabajan los empleados. Dos mecanógrafas escriben en lugares bien visibles. En sitio también muy visible trabaja TEDY, ante un gran libro de Caja. Pintadas en la decoración las cajas fuertes y demás detalles propios de una casa de banca, tales como teléfonos, cuadros anunciadores, etc. Un gran reloj, cuyas manillas podrán marchar, aparecen en el fondo. Al empezar la acción las manillas señalan las doce menos veinte. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DORA, KETTY, TEDY, ARCHIBALDO, WILLIAMS, Un ORDENANZA

Al levantarse el telón, DORA y KETTY, mecanógrafas, llevando sobre sus trajes delantales negros con peto, trabajan, como se ha indicado. Los demás empleados van y vienen con libros, cuadernos, etc., escriben, sellan documnetos y dan, en una palabra, idea de una gran actividad. TEDY hace operaciones aritméticas sin moverse de su sitio. Es un anciano con todo el pelo blanco y grandes gafas negras.

WILLIAMS.—Señorita Ketty, ¿pasó usted al copia or el acuse de recibo que se ha enviado a nuestro corresponsal en Tejas?

KETTI.—Sí, señor, juntamente con la carta orden que se ha remitido al de Chicago.

WILLIAMS.—Está bien; vaya usted haciendo los asientos de estas letras, y usted, señorita Dora, a ver si despacha la correspondencia y se deja usted de hablar con Archibaldo.

DORA.—No sea usted intencionado, que nuestra conversación está muy lejos de lo que usted se figura.

ARCHIBALDO.—Hablábamos del nuevo cajero; el pobre no puede ni con las gafas.

DORA.—Y decía éste que debía haber mediado una recomendación poderosísima para que el Sr. Barclay, que a tantos pretendientes ha rechazado, se haya decidido por él.

TEDY.—¿Me hacen el favor de el cuaderno de recibos?

WILLIAMS.—Le tiene usted delante.

TEDY.—¡Ah!... Es verdad. (*Le coge.*)

ARCHIBALDO.—(*A Ketty.*) ¿Eh?... ¿Qué tal?

KETTY.—Ganas de que quede pronto vacante el puesto.

WILLIAMS.—Que pierdan ustedes el tiempo, ya es malo; pero que lo pierdan murmurando del principal...

ARCHIBALDO.—A propósito, aquí. (*Todos se ponen a trabajar con más actividad.*)

ESCENA II

DICHOS. SILAS BARCLAY

SILAS.—(*Entrando.*) Oiga usted, Williams, una gran noticia. Mi hijo me telegrafía desde San Francisco que sale para Nueva York y que los herederos de Chamorro se han perdido.

WILLIAMS.—¡Ah! ¡Magnífico, señor Barclay! Como todos sabemos hoy, a medio día expira el plazo, y son las doce menos veinte, de modo que puede usted estar perfectamente tranquilo.

SILAS.—Y tan tranquilo. Ya es imposible que se presenten. (*Sigue hablando con Williams junto a la ventanilla.*)

ESCENA III

DICHOS, PARKER, JEFFRIES y GABY. Un NOTARIO

(*Parker, Jeffries y Gaby estarán caracterizados de tal manera que imiten todo cuanto sea posible las caras y trajes de Chamorro, Cascales y Acacia, copiando estos últimos de los que los verdaderos herederos llevaban en el cuadro anterior* (*el del tren*) *El notario viste de negro y sombrero de copa.*)

PARKER.—(*Entrando y dirigiéndose a Jeffries y a Gaby, que le siguen.*) Pasar, pasar... y usted también, señor notario. Ya sabe usted que despachamos enseguida y que le pagaremos espléndidamente.

NOTARIO.—Perdone usted. Mis honorarios, sólo mis honorarios

JEFFRIES.—¿Es que aquí no se admiten propinas?

PARKER.—(*Al ordenanza.*) Oiga, ¿para cobrar?... ¿Dónde?..

ORDENANZA.—Según lo que sea. ¿Letra?... ¿Cupones?... ¿Carta orden?...

GABY.—Retirar un depósito.

ORDENANZA.—¡Ah!, entonces allí les informarán. (*Indicando la ventanilla, ante la cual conversan Barclay y Williams.*)

PARKER.—(*Acercándose a ellos.*) Ustedes me dispensarán, pero como es la primera vez que vengo a Nueva York y que piso esta casa...

BARCLAY.—Bien, bien; ¿Qué desea usted?

PARKER.—Retirar un depósito.

BARCLAY.—Perfectamente. Aquí, en esta ventanilla. ¿Trae usted el resguardo?

PARKER.—Traigo el resguardo y a este señor. (*Por el notario.*)

BARCLAY.—¿A este señor?... ¿Para qué?

NOTARIO.—(*Entregando a Barclay su tarjeta.*) He sido requerido por este caballero, señor Barclay, para que le acompañe y

levante acta de que hace su reclamación antes de las doce. (*El reloj, que ha ido marchando durante lo anterior, señala ahora las doce menos diez.*)

BARCLAY.—(*Comprendiendo y aterrado.*) ¿Cómo? ¿Pero ustedes quiénes son?

PARKER.—Cirilo Chamorro.

GABY.—Y Acacia Chamorro, para servir a usted. (*Estupefacción y movimiento general entre los empleados.*)

PARKER.—(*Por Jeffries.*) El señor es D. Virtuoso Cascales prometido de mi hija. Ya habrá usted tenido noticia de que viajaba con nosotros. Mi mujer no ha venido porque está malucha. Padece golondrinos crónicos.

BARCLAY.—(*Aparte a Ferguson.*) ¡Los herederos! ¡Qué catástrofe!

WILLIAMS.—(*A Barclay.*) ¿Quién sabe?... Vamos a ver (*Alto.*) ¿Traerán ustedes la Biblia de Jefferson?

PARKER.—(*En tono cómico, y enseñando un libro que saca del bolsillo.*) Le vualá.

WILLIAMS.—Veamos. (*Extiende la mano para tomarla. Parker duda en entregársela, y mira al notario.*)

NOTARIO.—Entréguela usted sin miedo. Para eso he sido requerido. (*Parker la entrega.*) (*Williams y Barclay la examinan con ansiedad.*)

BARCLAY.—Sí, es la misma... no cabe duda. ¿Pero y los documentos que acreditan ...

PARKER.—(*Al notario.*) ¿Entrego?...

NOTARIO.—Ya le he dicho que sí.

PARKER.—*Le vualá.* Mi fe de bautismo legalizada. Dos *le vualá*, mi cédula personal y tres *le vualá*, partida de defunción de mi hermano Tomás, que, con el que tiene gusto de hablarle, constituían los únicos herederos de D. Patricio Chamorro. He dicho, y usted perdone la pronunciación en la parte francesa.

BARCLAY.—(*A Williams.*) Ya lo ve usted, no hay más remedio que pagar... y mañana, ¿cómo hacer frente a los vencimientos?...

WILLIAMS.—(*A Barclay.*) No desespere; cuarenta y cuatro millones de dólares no se llevan en un bolsillo... Tendrían que emplear ese dinero... Se les puede proponer una Asociación... Veamos. (*A Parker.*) Caballero, voy a extenderle un recibo para que cobre ahora mismo en caja la cantidad que necesite a cuenta... Doscientos... Trescientos mil dólares... ¿Qué cantidad ponemos?

PARKER.—(*Con calma.*) El total.

BARCLAY.—Pero señor... ¿Le hacen falta ahora mismo cuarenta y cuatro millones?

JEFFRIES.—No es desconfianza, ¿sabe usted?... Es que tenemos que pagar unas cosillas...

GABY.—Y además que no estamos seguros de poder volver mañana...

Williams.—Pero por Dios, reflexionen. Les es materialmente imposible llevarse consigo una suma tan considerable.

Parker.—No nos conoce usted llevándonos sumas.

Barclay.—En oro pesa muchos miles de kilos; en billetes es una biblioteca de unos cinco mil volúmenes...

Williams.—Que necesitaría para transportarse un carro...

Gaby.—Le tenemos a la puerta.

Parker.—Conque vean si se deciden a pagar, porque de otro modo... (*Mirando al notario.*)

Barclay.—Está bien. (*A Williams.*) Es la ruina, pero no hay salida. Dígale usted al cajero que pague.

Williams.—Tendrán ustedes que esperar unos momentos mientras se extienden los documentos necesarios. (*Se acerca a la ventanilla donde está Tedy y le entrega la Biblia y los papeles que le dió Parker.*)

Gaby.—Con mucho gusto.

Parker.—(*A Barclay.*) Y hablando de otra cosa, ¿sabe usted que lo que ha hecho con nosotros su hijo no ha estado ni medio bien?

Gaby.—¡Qué empeño en que no llegáramos a tiempo!

Jeffries.—¡Qué de obstáculos nos ha puesto en nuestro camino!

Parker.—En fin, ¡hasta valerse del detective Billington, que por cierto le jugó una mala partida en Borneo!

Jeffries.—Estos detectives son todos lo mismo. Mucha lupa mucha pipa y por dentro más huecos que un botijo. (*El reloj señala y da las doce.*)

Tedy.—(*Desde su escritorio.*) Señor Chamorro... señor Chamorro...

Gaby.—Papá, que te llaman.

Parker.—¿A mí?

Tedy.—Tenga la amabilidad de poner aquí su firma.

Parker.—Con mucho gusto. (*Se acerca.*) ¿Dónde?

Tedy.—Aquí, debajo de la palabra «recibí».

Parker.—(*Firmando.*) Ya está.

Tedy.—(*Leyendo la firma.*) Cirilo Chamorro y Arenillas. ¡Gracias a Dios! No faltaba más que el delito de falsificación y usurpación de personalidad, y ya está aquí.

Parker.—¿Qué dice?

Tedy.—(*Quitándose la peluca y las gafas y apareciendo completamente transformado.*) Querido Parker, los precipicios son, a veces, compasivos y devuelven a sus víctimas.

Parker.—¡Billington!...

Jeffries.—(*A Gaby.*) ¡Estamos perdidos!

Gaby.—(*A Jeffries.*) Vente hacia la puerta. (*Intentan escapar.*)

Tedy.—No intenten escapar, es inútil. La casa está cercada de agentes que a todos dejan entrar, pero a nadie dejan salir.

¡Qué demonio! Otra vez que me empuje usted busque un terreno más accidentado.

BARCLAY.—El primer sorprendido soy yo, mi querido Billington. ¿Cómo no me ha dicho nada y se ha valido de recomendaciones para ocupar ese puesto?... Y yo ignorando...

TEDY.—La menor indiscreción hubiese malogrado el plan. Ahora acercadme vuestras manos, hijos míos. (*Sacando esposas.*)

JEFFRIES.—Conste que yo soy inocente... Que este ha sido...

GABY.—Yo ignoraba a lo que venía... A mí me dijo que si podía pasar por hija suya...

TEDY.—Sí, hija mía, digo suya; ¡no faltaba más! Ya hablaremos.

NOTARIO.—Pues lo que es yo, ¡me he lucido!

BARCLAY.—Se le abonarán sus honorarios.

NOTARIO.—Menos mal.

BARCLAY.—(*Abrazando a Billington.*) Tedy, le debo a usted más que la vida, porque fíjese (*mostrando el reloj*): las doce y tres minutos. Ya, aunque se presentaran los verdaderos Chamorro...

ESCENA IV

DICHOS, CHAMORRO, CASCALES, ALICIA, VISITACION y FRED

CHAMORRO.—(*Entrando.*) ¿Quién nombra a Chamorro? Servidor de ustedes.

BARCLAY Y WILLIAMS.—¿Eh?...

FRED.—Buenos días, querido papá.

BARCLAY.—¿Pero cómo? ¿Vienes con?...

FRED.—(*Presentándole.*) Cirilo Chamorro...

CHAMORRO.—Primer actor y director. Una columna del templo de Talía y casi un capitel...

ACACIA.—Papá, que estás en Nueva York.

CHAMORRO.—Es verdad, perdona.

FRED.—(*Siempre presentando.*) Su hija Acacia.

ACACIA.—Servidora de usted.

CASCALES.—(*Viendo que Fred hace ademán de presentarle.*) No se moleste. (*Presentándose.*) Virtuoso Cascales. Socio del Círculo de la Unión Mercantil y uña y carne de los Chamorro.

CHAMORRO.—Mi esposa.

VISITACIÓN.—Dama del carácter.

CHAMORRO.—De carácter infeccioso.

BARCLAY.—Lo que no comprendo...

FRED.—Ya te lo explicaremos después. (*Mostrando a los presos.*) Lo importante es que hemos llegado a tiempo de impedir que estos bandidos...

BARCLAY.—Gracias a Tedy Billington. (*Mostrándole.*)

FRED.—¡Al verdadero Billington!

TEDY.—(*Riendo.*) ¡Al muerto resucitado! Con su permiso voy a dar unas órdenes para que se les busque hospedaje a estos amigos. Como son españoles no conocen Nueva York... Venid, hijos míos.

JEFFRIES.—¡Vaya un negocio!

GABY.—¡Si lo llego a saber!

PARKER.—No preocuparse, que vais conmigo.

TEDY.—Eso, que vais con él..., a la cárcel.

(*Hacen mutis Tedy, Parker, Jeffries y Gaby.*)

ESCENA V

DICHOS, menos los indicados.

NOTARIO.—En vista de lo que ha ocurrido considero innecesaria mi presencia.

WILLIAMS.—Al contrario, ahora es cuando hace usted más falta, requerido por la casa Barclay para dar fe de que los señores han llegado cinco minutos después de las doce. (*Es la hora que ahora indica el reloj.*)

BARCLAY.—¡Es verdad!

CHAMORRO.—¡Pero, hombre, por cinco minutos!... ¡Por esa pequeñez!...

BARCLAY.—Señor mío. En América, como en Europa, los negocios son los negocios.

ALICIA.—El Sr. Barclay tiene razón. Nuestra odisea podrá ser un capítulo triste que añadir a nuestra vida de farandulero, pero no es una razón para que él entregue un depósito que, según las leyes, ha prescrito hace un instante.

FRED.—Ha prescrito para los herederos de Patricio Chamorro, pero no para los de Silas Barclay.

BARCLAY.—¿Qué quieres decir?

FRED.—Es muy sencillo. Que negándote a devolver el depósito dejas en la miseria a mi esposa (*mostrando a Acacia*) y a mis padres políticos. (*Indicando a Chamorro y Visitación.*)

CASCALES.—(*Aparte.*) ¡Arrea!...

CHAMORRO.—¡Su padre...!, ¡y tú su madre!...

CASCALES.—¡Si cuando a mí se me mete una cosa en la cabeza, hasta que me sale!...

BARCLAY.—¿De modo que...?

ACACIA.—El mismo interés que nos alejaba nos fué uniendo sin darnos cuenta.

FRED.—Pero para siempre, ¿verdad, querida Acacia?

ACACIA.—Para siempre, Fred.

CHAMORRO.—¡Su padre!

VISITACIÓN.—Esto ha sido en el tren.

CHAMORRO.—Y a ciento por hora.

BARCLAY.—¿Entonces hay que pagar?

FRED.—No. Al Sr. Chamorro le gustaría más asociarse contigo y ayudarte a dirigir la casa, ¿verdad?

CHAMORRO.—¿Cómo no? ¡Formidable! ¡Dueño yo de la casa Barclay! ¡Rival de Pierpont Morgan!... Ya estamos firmando... ¿Dónde hay tinta?...

BARCLAY.—No me parece mala solución, si tiene aptitudes...

VISITACIÓN.—¿Pero tú entiendes de asuntos financieros?

CHAMORRO.—¡Anda ésta!, no hay otro... (*A Barclay.*) A mí me pone usted en la caja, me da el debe y haber..., ¡y a ver, a ver quién cobra un céntimo.

CASCALES.—Uno de los que cobran es este cura.

ACACIA.—Pero en el acto. Hay que abonar al Sr. Cascales el dinero que nos ha adelantado.

CASCALES.—(*Sacando un papel.*) He aquí la cuenta. Capital gastado, cuarenta y cinco mil pesetas. Interés compuesto, treinta mil...

CHAMORRO.—¿Compuesto? ¿De qué?

CASCALES.—Compuesto y sin novia, que lo digan esos. (*Por Acacia y Fred.*)

CHAMORRO.—¡Ah, vamos, es que te quieres cobrar las calabazas!... Mucho han subido las subsistencias, pero seis mil duros de cucurbitáceas, te los va a pagar Rita.

ACACIA.—No discutas, papá. Dale lo que quiera y que se vuelva a España.

CHAMORRO.—Tienes razón. (*A Cascales.*) Se te abonarán los quince mil durejos. Vuelve al patrio solar, y si te encuentras con Volquete, y te pregunta por mí, le dices que ahora es cuando estoy interpretando de verdad «El tanto por ciento».

TELON

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas

60 POR 100 DE AUMENTO